

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

—REVISTA MENSUAL—

—DE LA—

SOCIEDAD CIENTIFICO—LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

José María Gomar.

TOMO V.—NUM. 6.

SUMARIO:

I Su pié, poesía, por Numa Pompilio Llona.—II Cristo y los filósofos, por el Conde León Tolstoi.—III El arte como elemento de educación, por F. Gavidia.—IV Con Julieta, poesía, por M. Gutiérrez Nájera.—V La leyenda del águila, por Rubén Darío.—VI Fé—Abismos, poesía, por Abraham Z. López Phena.—VII Rima—Nocturnal, por Arturo Ambrogi.—VIII A Carlota de Kelly, poesía, por José Joaquín Palma.—IX En secreto, por Angel Pola.—X Delirio, poesía, por Pilar L. de Castellanos.—XI Los toros en Madrid, por E. d' Amicis.—XII Ella, poesía, por Isaías Gamboa.—XIII Agua fuerte, por Darío Herrera.—XIV En honor de Zorrilla, poesía, por Salvador Rueda.—XV Becquer, por Victor M. Jerez.—XVI Las plegarias, por Jacinto Octavio Picón.—XVII A Delia, poesía por José María Gomar.—XVIII Recompensa del maestro, por D. Estupinián.—XIX Tarjeta, poesía, por I. F.—XX Ensueños de la juventud, por Raul.—XXI El mar, por Alfredo Quiñónez.—XXII Zola, por Enrique Cañas.—XXIII María, poesía, por Ramón d' Echaúri.—XXIV Mensaje, poesía, por Fritz.—XXV Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUM. 61

SAN SALVADOR,—TIPOGRAFÍA "LA LUZ" CALLE DE MORAZÁN 31.
MARZO DE 1894.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD

JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 ^{er.} Vocal	„ Víctor M. Jerez.
2 ^o „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er.} Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 ^o „	„ Jeremías Martínez.

SOCIO HONORARIO

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS

Br. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
Dr. „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Arturo A. Ambrogi.
„ „ Indalecio Zelaya.	Don Isaías Gamboa H.

SOCIOS CORRESPONSALES

Doña Vicenta Laparra de la Cerda.	Srita Josefa Carrasco.
Doña Luz Arrué de Miranda.	„ María Guadalupe Reyes.
Srita. Lucila GameroMoncada.	Dr. D. Rubén Rivera.
Lic. D. J. Fermín Aycinena.	„ „ Abraham Rivera.
„ „ Manuel Diéguez.	„ „ Ramón Rosa.
„ „ Carlos A. Imendia.	„ „ Antonio Batres Jáuregui.
„ „ J. Joaquín Pérez.	„ „ Esteban C. Roque.
„ „ Ismael Cerna.	Br. „ Juan J. Lainez.
„ „ Anselmo Valdés.	„ „ Antonio Macías.
Lic. „ Désire Pector,	Dr. „ Simeón Eduardo.
„ „ Joaquín B. Calvo.	„ „ David A. Payés.
„ „ Salvador Flamenco.	„ „ Ramón P. Molinar.
„ „ Enrique Guzmán y Valle.	„ „ Santiago Key Ayala.
„ „ Carlos G. Amézaga.	„ „ Carlos Dárdano.
„ „ Ricardo Rossel.	„ „ Francisco A. Reyes.
„ „ Manuel Moncloa y Covarrubias.	„ „ Baltasar Parada.
„ „ Justo Zaragoza.	Br. „ Adolfo Castro.
„ „ Carlos Gagini.	Dr. „ Jesús Díaz de León.
„ „ Marcelino Jaramillo Ortiz.	„ „ Rafael E. Chávez.
Dr. „ Lucio Alvarenga.	„ „ Ezio Monjiardino.
„ „ Nicanor Bolet Peraza.	„ „ Leonidas Pallares Arteta.
Srita. Amalia Puga.	„ „ Ismael Enrique Arciniegas.
Doña Clorinda Matto de Turner.	„ „ Carlos Fernández Shaw.
Srita. María Springer.	Dr. „ Francisco Cárdenas Rodríguez
	„ „ Vicente Lines.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

Comisión Redactora:

Víctor M. Jerez.

Eusebio Bracamonte.

Dorotheo Fonseca.

TOMO V |

San Salvador, Marzo de 1894.

| Núm. 6.

SU PIE.

(INÉDITO).

I

De la Naturaleza entre los dones
Que recibiste con largueza tanta,
Uno es tu pie divino, de Atalanta
Envidia, y de Calipsos y Diones:

En curvas elegantes inflexiones
Desde el tarso descende y la garganta,
De coral de Parténope á la planta
Que termina de rosas en botones;

Y es por lo breve y albo el pie de un niño
O de un Hada gentil... Mas no su armiño
Hollar debiera nuestro inmundo cieno,

Sino los verdes campos de la Idalia
Entre cintas de jónica sandalia
O aprisionado en el coturno heleno.

II

Cuando, como por mágico portentoso
Sosteniendo tu olímpica estatua,
Tu pie avanza—adorable miniatura,—
En rítmico gracioso movimiento,

Tal me parece, que el terrestre asiento
Palpita sustentando tu hermosura;
Flores brotar parece la llanura,
Cual fecundada por el fértil viento;

Y en derredor de tu beldad enhiesta

Más viva lumbre siéntese difusa,
Y notas vagan de invisible orquesta....

Como al salir de entre sus selvas Diana,
O del Himeto una inspirada Musa
O de los mares Venus soberana!

NUMA P. LLONA.

[*Del poema "El Amor Supremo".*]

CRISTO Y LOS FILOSOFOS.

Los filósofos estudian el cristianismo en las manifestaciones de las diversas iglesias, y como van hasta suponer que ellas dan una completa explicación, consideran la religión de Jesús como doctrina pasada de moda y que después de haber desempeñado su papel en la historia, desaparece ante la luz de la ciencia y la civilización.

Para un gran número de sabios, es la doctrina de Cristo amalgama sin cohesión de ascetismo, doctrinas estoicas y neoplatónicas y sueños antisociales utópicos que no tienen alcance en nuestra época; y todo se concentra para esos sabios en las manifestaciones externas: el catolicismo, el protestantismo, los dogmas, la lucha con el

poder civil. Al deducir de ahí la significación del cristianismo, se obra á la manera de los sordos que juzgaran la música por los movimientos de los ejecutantes.

Es evidente que todos esos hombres, llámese Kant, Strauss, Spencer ó Renán, sin comprender el sentido de las palabras del Cristo, sin comprender por qué fueron pronunciadas, no han podido comprender tampoco á qué pregunta sirven de respuesta. Esos hombres no se han tomado la pena de penetrar en lo más profundo, negando con predisposición que la doctrina tenga sentido razonable. Empero lo que ellos rechazan llega á ser bueno si de acuerdo con su sabiduría lo corrigen suponiendo — por ejemplo — que Cristo quiso decir precisamente lo que ellos piensan, pero que no lo pudo hacer. Ellos tratan la doctrina como los presuntuosos las palabras de los interlocutores á quienes consideran como ignorantes y á los cuales les dicen: “Pero en realidad usted quiso decir esto”. Y las rectificaciones de esos sabios tienen siempre por objeto aparejar la concepción divina á la concepción de la inferior masa social.

* * *

Se dice generalmente que la doctrina moral del cristianismo es buena, pero que es exagerada. Para que llegue á ser practicable es necesario destruir lo superfluo, lo que no se aviene con nuestras condiciones de vida. “Como la doctrina que pide mucho es irrealizable, no vale sino aquélla que exige de los hombres lo posible, lo compatible con sus fuerzas”; así

razonan los sabios comentadores del cristianismo, repitiendo lo que afirman y no pudiendo afirmar lo que no comprenden. (*)

Ante el criterio de los sabios de nuestra época es justa, mucho más justa, la ley judía: ojo por ojo, diente por diente. Ese castigo, conocido de la humanidad desde hace 5,000 años, es más razonable que la ley del amor pronunciada por Cristo hace ya 19 siglos.

Crean esos sabios que todo lo que han hecho los hombres que han comprendido directamente el cristianismo y que han vencido de acuerdo con esa doctrina; que todo lo que han hecho y dicho verdaderos cristianos todos, que lo que transforma hoy al mundo al soplo del socialismo y el comunismo, no son sino exageraciones que en nada merecen el honor de la discusión. El mal criterio de los hombres que juzgan la doctrina cristiana desde el punto de vista social, consiste en que ellos suponen que la perfección indicada por Cristo puede ser realizada completamente y ellos se preguntan— como si ya las leyes sociales estuvieran en vigencia: “Qué pasará cuando esto se realice”. Esta suposición es falsa, porque la perfección indicada á los cristianos es infinita y no llegará nunca.

Al formular Cristo su doctrina, al hacerla descansar sobre la perfección absoluta, no quiso con ello hacer creer que esta pudiera realizarse. De esta manera hizo nacer en el hombre una tendencia

[*] Debieran fijarse en que al Maestro lo crucificaron los judíos.

hacia la perfección absoluta é infinita para que aumentara el deseo de felicidad de los hombres y que de ese modo creciera también indefinidamente esta felicidad.

Para llegar á ese anhelado puerto, es necesario dirigir todas las fuerzas hacia un punto bastante elevado.

Rebajar el ideal es no solamente disminuir la probabilidad de llegar á la perfección, sino también destruir el ideal mismo. El ideal que nos atrae no ha sido inventado por nadie; cada hombre lo lleva grabado en su corazón. Sólo este ideal de perfección absoluta é infinita nos seduce, nos atrae. La perfección limitada perdería toda influencia sobre el alma humana.

El hombre, colocado en escala inferior, que marcha hacia la perfección, tiene una conducta más moral, se mejora, y observa más estrictamente la doctrina que el hombre colocado en escala más elevada.

Es por eso por lo que oveja que la vuelve al redil es más querida que las otras y que el hijo pródigo, y que la pieza de moneda perdida y encontrada, son más amados que los que jamás se habían creído perdidos.

* * *

En el sermón de la Montaña, Cristo mostró á la vez el ideal eterno hacia el cual debe marchar la humanidad y la escala que ella debe colocarse en los tiempos que corren.

El ideal consiste en no desear el mal, en no provocar la maldición, en no detestar á nadie.

En cuanto al precepto que indica el punto en que debemos colocarnos en espera del ideal, prohíbe ante todo el no ofender á nuestros semejantes con la palabra. Es este el primer mandamiento.

El ideal es la castidad absoluta aun en el pensamiento. El mandamiento que indica el punto á que no se puede descender, es la pureza de la vida conyugal. El ideal tampoco permite inquietarse por el porvenir; exige sólo vivir para la hora que corre. No se debe jurar, no se debe prometer nada para mañana. Es este el tercer mandamiento.

La violencia no debe emplearse jamás con ningún objeto. Nunca se debe hacer mal á los enemigos, ó mejor dicho, es preciso establecer igualdad entre ellos y los amigos. He aquí el quinto mandamiento.

Todos estos preceptos son como indicaciones que nos advierten lo que debemos hacer en el camino de la perfección; que debemos transformarlos poco á poco en costumbres instintivas; pero lejos de contener ellos toda la doctrina de Cristo forman solamente una de las etapas innumerables, sobre el cambio de la perfección. Deben ser seguidos de mandamientos superiores.

Es por ello que la doctrina cristiana formula exigencias cada vez más elevadas que las que contienen sus mandamientos y de ninguna manera tiende á disminuirlos como lo piensan los que juzgan esta doctrina desde el punto de vista de la concepción social de la vida.

Es este el primer razonamiento

erróneo de los sabios relativo al alcance y objeto de la doctrina cristiana. El otro proviene de la misma fuente y consiste en reemplazar la obligación que tiene todo cristiano de amar y servir á los hombres por el amor de Dios, por la obligación de amarlos y servirlos por amor á la humanidad.

La doctrina cristiana de amar y de servir á Dios, y (solamente como consecuencia de este amor y este servicio) amar y servir al prójimo, parece á esos sabios un poco obscura, mística y arbitraria y rechazan absolutamente la obligación de amar y servir á Dios, estimando que la doctrina que enseña solamente el amor á la humanidad es más clara, más sólida y razonable.

*
* * *

Los sabios enseñan teóricamente que la buena vida es aquella que está consagrada al servicio de toda la humanidad; ese es para ellos el sentido de la doctrina cristiana y á eso se reducen las enseñanzas de Cristo. Esos sabios buscan la confirmación de su doctrina en la del Evangelio y suponen que las dos no son sino una sola.

La opinión es completamente errónea. La doctrina cristiana y la de los positivistas, de los comunistas y de todos los apóstoles de la fraternidad universal, basada en el interés general, no tienen nada de común entre sí y se distinguen una de otra, sobre todo por el hecho de que la doctrina cristiana tiene bases firmes y sólida alma humana, mientras que la doctrina del amor por la humani-

dad es solamente una educación teórica por analogía.

Puesto que se hallado el amor de la personalidad á la familia, de ésta á la raza y después al pueblo, al Estado, sería absolutamente lógico que los hombres, para evitar las luchas y las desgracias que resultan de las divisiones de la humanidad, en pueblos y en Estados extendiesen su amor á todos los de su especie. Esto parecía más natural, y los teóricos lo predicaban sin fijarse en que el amor es un sentimiento que uno puede tener pero que no se puede predicar.

La familia, la tribu, no han sido inventadas por los hombres; esas instituciones se han formado ellas mismas, como los enjambres de abejas, y tienen una existencia real. El hombre que ama por su personalidad animal á la familia, sabe que ama á Ana, María, Juan, Pedro, etc.

El hombre que ama á su raza y que está orgulloso de ella, sabe que ama á güelfos y gibelinos. El que ama al Estado sabe que ama á Francia, desde las orillas del Rin hasta los Pirineos, su principal ciudad París, su historia, etc. ¿Pero qué es lo que ama el hombre que ama á la humanidad? Hay Estados, hay pueblos; hay la concepción abstracta del hombre, pero la humanidad como concepción concreta, ni existe ni puede existir.

¿La humanidad? ¿Dónde están sus límites? ¿Dónde comienza, dónde acaba? ¿Acaso la humanidad se detiene en el salvaje, en el idiota, en el alcoholizado, en el loco exclusivamente? Si hu-

biéramos de trazar una línea que limitara la humanidad excluyendo los representantes inferiores de la especie humana, ¿dónde trazaríamos esa línea?

¿Excluiríamos á los negros como los americanos, y á los indios como ciertos ingleses, y á los judíos como muchos otros? Y si comprendiéramos allí todos los hombres sin excepción, ¿por qué admitir solamente á los hombres y no también á los animales superiores, entre los cuales hay muchos más desarrollados que los representantes inferiores de la especie humana?

* * *

No conocemos la humanidad como un objeto exterior; ignoramos sus límites. La humanidad es una ficción; uno no puede amarla. Sería más ventajoso, es verdad, que los hombres pudiesen amar la humanidad tanto como aman la familia. Sería muy provechoso reemplazar, como lo desean los comunistas, la competencia entre los hombres por una organización comunal, ó la propiedad individual, por la propiedad universal, para que cada uno pudiese trabajar para todos y todos para cada uno; pero no hay ningún motivo para ello.

Los positivistas, los comunistas y todos los apóstoles de la fraternidad científica, predicán la extensión á la humanidad entera, del amor que los hombres sienten por sí mismos, por su familia, por su estado; ellos olvidan que ese amor que predicán es un amor personal que ha podido crecer, comprender la familia, ensancharse más toda-

vía é ir hasta el amor de una patria natural, pero que desaparece completamente en presencia de un estado artificial como el Austria, Inglaterra, Turquía y que no podemos siquiera representarnos cuando se trata de toda la humanidad, concepción absolutamente mística.

Únicamente la doctrina evangélica, en toda su significación, resuelve el problema dando á la vida un nuevo sentido. El cristianismo reconoce lo mismo el amor para sí que el amor por la familia, por la nación y por la humanidad, y no solamente por la humanidad, sino también por todo lo que vive. Pero el hombre no encuentra el objeto de ese amor fuera de sí, en el agrupamiento de las personas, familia raza, patria, humanidad, ni en el mundo exterior, él la encuentra en sí mismo, en su personalidad divina cuya esencia es ese amor.

Con la concepción cristiana de la vida, el amor no es una necesidad y no se ejerce sobre nada, es una facultad del alma humana.

El hombre ama, no porque sea su interés amar esto ó aquello, sino porque el amor es la esencia de su alma, porque él no puede dejar de amar.

La doctrina cristiana enseña al hombre que la esencia de su alma es el amor, que su felicidad no está en amar tal ó cual entidad, sino el principio de todo—Dios—que tiene conciencia de contener en sí. Por eso, él amará á todos y á todo. En eso estriba la diferencia fundamental entre la doctrina cristiana y la doctrina de los positivistas y de todos los teóricos de

la fraternidad universal no cristiana.

LEÓN TOLSTOI”.

EL ARTE COMO ELEMENTO DE EDUCACION.

Nuestros planes de educación han sido tomados de los libros de los educacionistas europeos; pero no se han hecho cargo los adoptadores de esos mismos planes, de una circunstancia que es importante en absoluto: La diferencia incalculable que hay entre el medio social nuestro y el medio social europeo.

La escuela debe suplir entre nosotros lo que falta de adelanto á nuestro medio social.

Muchos teatros abiertos á diario, en los que se representan desde las obras clásicas del genio hasta zainetes y farsas de la *minuta plebs* de vaudevillistas y revisteros; varios salones en que anualmente se exhiben centenares de cuadros, desde las telas de célebres pintores hasta las composiciones de flores de las damas; iguales certámenes en que desfilan ejércitos de estatuas; museos permanentes de entrada franca á todo el mundo donde están las obras de la pintura y la escultura que ya ha consagrado la inmortalidad; una gran producción de libros puestos al alcance de todas las clases sociales; cátedras y salones de conferencias donde se oye la palabra de hombres eminentes; cuerpos legislativos donde en la tribuna dilucidan los grandes oradores los problemas socia-

les y continentales; apóstoles de partido. de ideas haciendo oír su opinión en asambleas de ciudadanos; y una prensa que con sus revistas y periódicos constituye una expansión poderosa de ideas de arte, poesía, literatura ciencias experimentales, política y filosofía, todo esto hace del medio ambiente europeo una fuerza colosal educativa, que por sí sola hace tanto en favor del Progreso como los planteles de enseñanza que han fundado las Naciones.

Nosotros no contamos sinó con estos últimos. El colegio y la escuela, pues, deben trabajar entre nosotros doblemente que en Europa, á fin de compensar lo que falta al ciudadano en nuestras muy infantiles sociedades.

Y á pesar de esto, ¡cómo son pobres nuestros planes de estudio, de lo que constituye las alas y la fuerza íntima del espíritu humano, la grandeza en el sentir, la libertad para pensar, que dependen de que la imaginación esté educada para dominar muchos órdenes de ideas, educación que solo suministran las Bellas Letras y, en general, el Arte! A esta parte de la educación consagran mucho más campo de cultivo los planes europeos que no los nuestros.

*
* *

Nuestros pedagogos saben muy bien que deben aprovecharse ciertas inclinaciones naturales de los alumnos. De la propensión de los niños para descubrir el resorte de sus juguetes se ha sacado partido para fundar todo un ramo de la educación: el trabajo manual, los *slöjd* suecos.

La lectura de novelas y versos á que muestra irresistible afición la juventud ¿no dice nada al espíritu observador de los educacionistas?

Sin embargo, se la persigue en vez de dirigirla. A pesar de esto, el joven ó la joven discípulos leerán novelas y versos, y los ocultarán, los devorarán á hurtadillas, y ni el maestro ni el padre más severos suprimirán esta manifestación de vitalidad inteligente.

No la ha aprovechado el educador, no la ha dirigido, y el joven ó la joven leerán malos libros, á veces inmorales.

* * *

He aquí cómo en nuestra opinión desautorizada debe darse la enseñanza que educa la imaginación, y por su medio el sentimiento, inculcando á la vez la moral y el buen gusto.

a) Destinaremos á la clase de Literatura una hora diaria en cuatro años. Dispondremos fácilmente de esa hora diaria pues refundiremos en esta clase las de Retórica y Gramática, lo mismo que la de Moral y Urbanidad, materias que explicaremos hasta cuando hayamos enseñado á entender lo que lee al alumno, prácticamente, y sobre los textos, llenos de vida, de los buenos escritores. Haremos sentir profundamente que la idea, las tendencias, la moral y la belleza de lo que leemos tienen infinitamente más importancia, que las observaciones que sobre el mecanismo del idioma hace la Gramática y que los tópicos de la Retórica.

b) Haremos que el conoci-

miento y penetración de los escritores se realice en progresión, de los llanos y fáciles á los que ganan las más altas regiones del pensamiento humano, y de los modernísimos á los antiguos. Elegiremos pocos pero muy buenos libros.

c) El éxito de esta clase, semejante á las cátedras en que los italianos interpretan al Dante y los alemanes á Goethe, dependerá de la cantidad de vocabulario, de observaciones morales, sociales, históricas, tocante al gusto en general ó relativo de la época en que se escribió el texto; filosóficas, comparativas del autor que se estudia con los que ya se han estudiado; sobre historia de las ideas y de las letras, y en fin sobre la *Gramática* y la *Retórica especiales* del autor que se examina (pues cada estilo supone fórmulas originales de expresión), que el profesor haga desprenderse del texto, prosa ó verso, y que consiga que se apropien los alumnos;—de modo que éstos tengan la personalidad de sus juicios y de sus entusiasmos, señal infalible, éstos últimos, de que las ideas de un grande hombre han iluminado con todas sus facetas aquellas inteligencias nacientes.

Respondemos, apoyados en la experiencia que hemos obtenido en el profesorado, de que en tiempo relativamente breve los alumnos de esta clase, escriben y expresan su ideas, mejores y con más Gramática, que los que han aprendido por un procedimiento, al parecer más científico, los textos que para conseguir la corrección señalan nuestros planes de

enseñanza. Podemos también asegurar que los alumnos de esta clase tendran las mejores aptitudes para la comprensión y estudio de las materias puramente científicas.

Un detalle. Se formará un libro patriótico que compendie los ideales nacionales, como *el Libro de Oro*, de las escuelas francesas.

* * *

d) De los buenos cuadros no es posible obtener á bajo precio sino el dibujo, parte de los colores y su filosofía; tampoco obtendremos con la debida baratura, las buenas obras esculturales, sino sus lineamientos, sus actitudes y perspectivas, y la idea; pero tratándose de niños y jóvenes ya es bastante. Cromos y yesos de obras maestras á tres francos en Francia é Italia son el elemento de museos escolares que iniciarían á nuestra juventud en estas artes para nosotros desconocidas. Un profesor sacaría partido de lo que prestan esas copias para inculcar á los alumnos nociones importantes de Estética y de Historia del Arte.

e) Indudablemente nuestra arquitectura nacional es bien fea. Las reproducciones de este grande arte están en el mismo caso que las de la pintura y la escultura.

La música ha hecho ya su ingreso en los institutos de primera enseñanza.

* * *

Como se ve, no tiene esta face de la educación á formar escritores, poetas, pintores, esculto-

res ni arquitectos. Todos los artistas nacen, no se hacen.

Se trata de dotar á nuestras nacientes generaciones de un sexto sentido, el sentido del arte.

Para concluir, nuestros gobiernos, así como subvencionan compañías de ópera y drama, ¿no podrían comprar, una cada año, obras maestras de pintura y de escultura europeas?

Ellas, en museos nacionales en pequeño, serían el complemento de las nociones que impartieran los colegios y escuelas.

En todo caso, hay que empezar por las Bellas Letras, las cuales pintan, esculpen y son música é idea.

FRANCISCO GAVIDIA.

CON JULIETA.

¡ Oh dulce ruiseñor, sigue cantando !
 ¿ No ves cuán triste la apacible luna
 Alumbra el bosque, y cómo, murmurando,
 Se duerme la laguna ?
 ¡ Dulce poeta de brillantes alas
 Que en el silencio de la noche velas,
 Y cantas, para tí, cuando no te oyen,
 Y á los tristes consuelas !
 Sigue en la rama del gentil granado ;
 Nadie en el nido trémulo te llama....
 En el cielo, poeta enamorado,
 Te está oyendo la estrella que te ama.

Tú, como yo, tener debes tristezas :
 ¿ Por qué, á la hora del amor, el nido
 Abandonas ligero ?
 ¿ Nadie te aguarda en él ? ¿ Nadie te quiere ?
 ¿ Estás enfermo como yo, y herido
 Del imposible amor de que se muere ?

Tu tierna serenata
 La escucha sola, en el sereno espacio,
 La casta Diana del carcax de plata
 Que vuelve pensativa á su palacio....
 Desdeñas á las aves : para ellas

Nunca tienes canciones,
Y cantas cuando brillan las estrellas
Y parecen dormidos los botones.
Escondes tu dolor y tu ternura
A las luces del día
Y en el silencio de la noche oscura
Se abriga, como enferma, tu armonía.

¿Quiénes oyen tus cantos? Los que sufren,
Los que no buscan el desierto lecho
Porque en él les aguarda la tristeza....
¡O los que cantan himnos de ternura
Oprimiéndose pecho contra pecho!

La pena y el amor te escuchan sólo:
En el campo, las flores—esas mudas—
En el espacio las estrellas blondas;
Y bajo el terso manto de las ondas
Las silenciosas náyades desnudas.

¡Sigue cantando, ruiñeñar! Si cesa
Tu serenata, que el amor evoca,
La boca enamorada que me besa
Se apartará convulsa de mi boca.

¡Oh mi Julieta, la Julieta mía,
Bien sabe mi dolor que viene el día!

Hemos vivido un sueño muy hermoso
Y yo no quiero despertar! Mañana,
Tal vez la escala que tendí afanoso
No colgará ya más de tu ventana!
Pero hoy es hoy aún: el alma sueña,
Escucho el ruiñeñar enamorado
Y en tu boca de grana, tan pequeña,
La canción de mi beso no ha cesado.

Tengo aun que decirte que te quiero....
No lo he dicho bastante
Y necesito repetirlo ahora....
Y ya viene el dolor.... viene la aurora!
¡Otro instante! ¡otro instante!

¡Oh mi Julieta, la Julieta mía!
¿Por qué del grato sueño se despierta?
¿Por qué te he de mirar, pálida y fría,
Sobre la tumba de mis sueños, muerta?

¡Sigue cantando, ruiñeñar querido!
¡Nadie te espera en el desierto nido!

¡Déjame en sus cabellos esconderme....
Déjame ver su rostro idolatrado....
Sigue en las ramas del gentil granado,
¡Oh, canta, ruiñeñar! ¡Alondra, duerme!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

LA LEYENDA DEL AGUILA.

(“LA LEGENDE DE L'AIGLE”, PAR GEORGES
D'ESPARBÉS—PARÍS—E. DENTU.)

Como el hecho no demuestra sino la oportunidad de una ocurrencia de poeta, que en todo caso no merece sino aplausos, y como me fue narrado delante de Jean Carrere, que aprobaba con su sonrisa, no creo ser indiscreto al comenzar estas líneas contando la historia de un telegrama de Atenas, leído en el reciente banquete de Víctor Hugo y firmado Georges D'Esparbés, telegrama que reprodujo toda la prensa de París.

Jean Carrere, en unión de otros jóvenes brillantes y entusiastas, literatos, poetas, quisieron manifestar que no era cierta la fea calumnia levantada contra la juventud literaria de Francia, que ha sido tachada de irrespetuosa para con Víctor Hugo.

Para ello, y con motivo de la nueva publicación de *Toute la Lyre*, organizaron un banquete que tuvo la correspondiente resonancia; un banquete que pudiérase llamar de desagravio.

Fueron agapas á que asistió gran parte del París literario—viejos románticos, parnasianos y escuelas nuevas, y de las que brotó, maldita flor de discordia,—á pistola, treinta pasos, sin resultados,—un duelo entre Catulle Mendes, y Jules Bois, dos caballeros que no hace mucho tiempo eran excelentes amigos. Fue la fiesta, una deuda pagada, una ceremonia cumplida con el dios, y la cual, con gran pompa, y por

contribución internacional, debería realizarse anualmente. Esta es una idea poético-gastronómica que dejo á la disposición de los hugólatras.

En la mesa, cuando el espíritu lírico y el champaña hacían sentir en el ambiente un perfume de real mirra y de glorioso incienso, en medio de los vibrantes y ardientes discursos en honor de Aquel que ya no está, en cuerpo, entre los poetas, después de los brindis de los maestros y de los versos leídos por Carrere y Mendes, se pronunció por allí el nombre de Georges D'Esparbés. D'Esparbés no estaba en el banquete, él, que ama la gloria del Padre, y que como él ha cantado, en una prosa llena de soberbia y de armonía, los hechos del "cabitito", la epopeya de Napoleón, Jean Carrere, el amable rimador, se levanta y se ausenta por unos segundos. Luego, vuelve triunfante, mostrando en sus manos un despacho telegráfico que acababa de recibir, un despacho firmado D'Esparbés.

¿Pero dónde está ahora él? Nadie lo sabe. Está en Atenas, dice Carrere. Y lee el telegrama; una corona de flores griegas que desde el Acrópolis envía el fervoroso escritor á la mesa en que se celebra el triunfo eterno de Hugo. Pocas palabras, que son acogidas con una explosión de palmas y vivas. Nadie estaba en el *secreto*. Cuando aparezca D'Esparbés no hay duda de que *reconocerá* su telegrama.

Y ahora hablemos de esta portentosa *Leyenda del Aguila* napoleónica.

La *Leyenda del Aguila* es un poema, con la advertencia de que D'Esparbés canta en cuentos. La epopeya es toda una, mas cada cuento está animado por su llama propia, en que el lirismo y la más llana realidad se confunden.

No hace falta el verso, pues en esta prosa marcial cada frase es un toque de música guerrera, las palabras suenan sus fanfarrias de clarines, hacen rodar en el ambiente sus redobles de tambores, son á veces un cántico, un trueno, un ay, un omnisonante clamor de victoria.

También el final es triste, al doble sonoro y doloroso de las campanas que tocan por la caída del imperio.

Napoleón no aparece aumentado, no es un Napoleón mítico y de fantasía; antes bien algunas veces como que el poeta se complace en achicar más su tan conocida pequeña estatura.

Pensaríase en ocasiones un joven Aquiles comandando un ejército de cíclopes, guiando á la campaña batallones de gigantes. Porque si emplea el lente épico D'Esparbés, es cuando pinta las luchas, el decorado, el campamento, los soldados imperiales. Los soldados crecen á nuestra vista, aparecen enormes, sobrehumanos, como si fuesen engendrados en mujeres por arcángeles ó por demonios. Sus talentos se destacan orgullosa y heroicamente. Tienen formas homéricas, son verdaderos androleones; llega á creerse que al caer uno de ellos herido, debe temblar al rededor la tierra, como en los exámetros de la Ilíada.

Tal húsar es inmenso; tal granadero podría llamarse Aurico ó Polifemo, tal escuadrón de caballería podría entrar en el versículo de un profeta, terrible y devastador. Como una "carga" de Isaías. Y en todo esto una sencillez serena y dominadora. Podría intercalarse en este libro, sin que se notase diferencia en tono y fuerza, el episodio de Hugo cuando vemos á Marius asomarse á la ventana y lanzar un !viva el emperador! al viento y á la noche.

D'Esparbés ha elegido para su obra el cuento, este género delicado y peligroso, que en los últimos tiempos ha tomado todos los rumbos y todos los vuelos. La prosa,—animada hoy por los prestigios de un arte deslumbrador y exquisito, juntando los secretos, las bizarrías artísticas de los maestros antiguos á los virtuosísimos modernos, es para él un rico material con que pinta, esculpe, sueña y maravilla. Batallista de primer orden, conciso, nervioso y sugestivo, supera en impresiones y sensaciones de guerra á Stendahl y á Tolstoï, y si existe actualmente quien puede igualarle—alguno diría superarle—en campo semejante, es un escritor de España, Pérez Galdós, el Pérez Galdós de los *Episodios Nacionales*.

Desde que comienza el poema con el cuento de los tres soldados—tres húsares altos como encinas—viene un potente soplo que posee, que arrebatata la atención. Estamos en frente de tres máquinas de carne de cañón, tres soldados, rudos y musculosos como

búfalos, tres grandes animales crinados del rebaño de leones del pastor Bonaparte. Porque es de ver cómo esos sangrientos luchadores, esos fieros hombres del invencible ejército, hablan del "emperadorcito", del pequeño y real ídolo, como de un divino pastor, como de un David. Así cuando se pronuncia su nombre, las fauces bárbaras, los fulminantes ojazos, se suavizan con una dulce y cariñosa humedad. Son tres soldados que después de la jornada de Jena, tienen, lo que es muy natural en un soldado después de una batalla, tienen hambre.

Ingénuamente y *necesariamente* feroces, esos tres hombres degüellan á uno del enemigo, con la mayor tranquilidad; pero sufren y se inquietan cuando sus caballos no comen.

Por eso cuando hallan un cura que les hospeda, en Saalfeld, del lado de Erturth, y les da buena vianda y buen pan, lo que está conforme con la lógica militar es que sus tres cabalgaduras, también hambrientas, entren á comer en los mismos platos de ellos, espantando á la sirviente, y haciendo que el sacerdote medite, y *vea* el alma de esos hombres; y no se extrañe. Es uno de los mejores cuentos del poema. No resisto á citar una frase.

Los soldados comen como desesperados de apetito. El cura les contempla, meditabundo y sacerdotal. De cuando en cuando les hace preguntas. Ellos ha tiempo que están en armas. Desde jóvenes han oído las trompetas de las campañas. No saben de nada más. Y sobre todo, Napo-

león se alza delante de ellos semejante á una inmortal divinidad. El cura dice á uno de ellos:

—“Y vos, hijo mio, ¿ creéis en Dios padre todopoderoso?”

El soldado no comprende bien. El piensa “Dios padre... Dios hijo... Dios...” “Y bien! grita de repente:

—“Todo eso!... eso es la familia del emperador!”

Después surge á nuestra vista un colosal tambor mayor del ejército de Italia, “alto como una torre y tierno como un saco de pan”. Su nombre es un verdadero nombre de gigante, más hermoso y tremendo que el de Cristóbal ó el de Fierabrás, ó el de Goliat; se llama Rougeot de Salandrouse. Un gallardo bruto, que cuando reía, “il montrait comme les bêtes une épaisse gueule de chair rongée qui semblait saigner”. Este bello monstruo que gustaba de las viejas historias de guerra y de las sublimes mitologías, amaba sobre todo la armonía musical, los cornetas, los parches del combate. Bonaparte le nombró subteniente, teniente y capitán, después de lo de Arcola, después de lo de Mantua, después de lo de Trebia. Pero hijo de Apolo cifraba su ambición en las pompas radiantes, en los compases, en el bastón que guiaba los á tambores: quería ser tambor mayor. Lo fue después de mucho pedirlo al emperador; y el titánico testarudo saludó con su admirable uniforme y sus vanidosos gestos, el triunfal sol de Austerlitz. Le vió Lannes desde su caballo, le vió Soult, le vió Bernadotte, le vió el insig-

ne caballero Murat: y junto con Berthier y Junot, le vió, sonriendo, el “petit caporal”, príncipe y dueño del Aguila. Y cuando llega la áspera brega, en medio de los choques, de la confusión sangrienta y de la muerte, la figura de Salandrouse, guiando sus tambores, adquiere porciones legendarias.

Herido, soberbio, incomparable, hace que los parches no cesen de tocar un son de victoria; y hay que ir á arrancarle de su puesto, donde se yergue, maravilloso como un dios, al canto ronco y sordo de los pellejos cribados.

El desden de la muerte, el respeto de la consigna, el amor á la vida militar y sobre todo, la adoración por el que ellos miran como favorecido de la omnipotencia divina;—conquistador victorioso, señor del mundo, Napoleón,—forma el alma de estos épicos relatos.

Ya es el conde subteniente que sufre sin gemir, y muere oyendo leer, cual si fuese un santo breviario, un libro de oro de la nobleza heroica, ya es el grupo de bravos rústicos que no sabían cargar los fusiles en medio de la más horrible carnicería, y que luego fueron condecorados; ya son los rudos gascones que luchan como tigres y gritan como diablos; ya es la marcha que bate un tamborcito casi femenino, para que desfilen ante los ojos aguileños de Bonaparte, ciento veinticinco hombres, resto de los treinta y ocho mil de Elkingen; ó la visión de los cascos coronados por penachos de cabellos de mujeres es-

pañolas; ó Le Kenneck, valiente y fiel, delante del rey de Prusia; ó el águila del Impeio que sale, apretando el rayo con las garras, del vientre del caballo muerto; ó esta orden trágica, casi macabra, dada en lo más duro de la batalla: *En avant, les cadavres!* ó el capellán que parafrasea la Biblia al ruido de las descargas; ó ese cuadro cuya sencilla magnificencia impone, asombra y encanta, cuando el Cabito tiene frío, y va á la tienda de la guardia *inmortal*, y duerme, y se le hace lumbre con millones de oro, con Murillos, con Goyas, con portentos de Velásquez, con encajes de marquesas y abanicos de manolas; ó de león de vida de gato que creía ser inmortal si no se le mataba *con su sable*; ó el abandono de los caballos, alas de los caballeros; ó el oficial que condecora y el emperador que aprueba; ó el fantasma del shakó que se alza para responder con bizarría y cae en la muerte; ó Duclos con sus charreteras, que condecora llorando á un viejo luchador, y cuando el emperador le pregunta: “Duclos, ¿conocéis á ese hombre?” le contesta. “Señor, es mi padre!”; ó el águila, el águila viva, que vuela y grita sobre el pabellón que marcha al Austria; ó el fúnebre clamor del abismo; ó, en fin, los cañones que doblan cuando ya el Grande ha caído,—lúgubres y fatales campanas del Imperio!

¡Libro magistral; poema ardiente y magnífico!

La mujer no aparece sino raras veces, y en los recuerdos de los héroes: las madres, las abuelas llenas de canas, alguna espo-

sa que está allá lejos! Donde brota un grupo de ellas, como un coro de Ésquilo, terribles, suplicantes, gemidoras como mártires, coléricas como gorgonas, es en el capítulo, en el cuento de las crines. A un gran número de las hijas de España, en su pueblo invadido, un coronel fantasista, jovial y plúmbeo, hace cortar las cabelleras para adornar los cascos de sus dragones. Y como una mujer, aullante de dolor como Hécuba, se presenta con sus espesos cabellos ya canosos, el coronel se los hace también cortar y los pone sobre su cabeza marcial, donde los hará agitarse el huracán de la guerra. Y otra mujer brilla como una estrella de virtud y de grandeza, divina suicida, augusta delante de la muerte. Sucumbe con su niño en el más sublime de los sacrificios; pero también quedan emponzoñados, rígidos y sin vida, en la casita pobre, ocho cosacos como ocho bestias fieras.

¿Qué otra figura femenil? Hay una, envuelta en el misterio. *Ella*, la vaga, la anunciadora de las desgracias, la que se pasea silenciosa por los vivacs, haciendo malos signos; *ella*, solitaria como la Tristeza, y triste como la Muerte. ¿Qué otra más? La victoria, de real y soberano perfil, de cuello robusto y erectas mamas; creatriz de los lauros y de los himnos.

—
Este libro es una obra de bien. Es el fruto de un espíritu sano, de un poeta sanguíneo y fuerte; y Francia, la adoradora Francia, que ve brotar de su suelo,—por

causa de una decadencia tan lamentable como cierta, falta de fe y de entusiasmo, falta de ideales; que ve brotar tantas plantas enfermas, tanta adelfa, tanto cáñamo indiano, tanta adormidera, necesita de estos laureles verdes, de estas erguidas palmas. Libros como el de D'Esparbés recuerdan á los olvidadizos, á los flojos y á los epicúreos el camino de las altas empresas, la calle enquirnaldada de los triunfos.

Y puesto que de Vogüe ha visto el feliz anuncio de un vuelo de cigüeñas, alce los ojos Francia y mire si ya también vuelve sonora, lírica, inmensa, el Aguila antigua de las garras de bronce!

RUBÉN DARÍO.

FE.

—A Florentino Goenaga—

Amor tres veces luz, gracia divina
Que fluye de lo Excelso como fuente,
Sumo fulgor que de suprema frente
Los siderales mundos ilumina.

Corona del querub, alma Regina,
Que esplendores de sol lleva á la mente,
Y enciende del amor el sacro oriente,
A cuyo albor la infinitud germina.

A su presencia el ángel se engalana,
Refulge el alto cielo y, como Atlante,
Yérguese la conciencia soberana;
Y soberbia y magnífica la idea,
Surge, cual del cerebro del Tonante,
Regia, invencible, Palas Atenea.

1893. ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

ABISMOS.

De la luna al fulgor de suave armiño,
Las ondas descogían
Sus encajes de perlas y de espumas;
En nuestra sed de amor, jamás pensamos
Que ocultaban la muerte en sus abismos.

Hoy que al fin he sondeado en tu conciencia,
¡Tú mi santa adorada de otros tiempos!...

Hoy sé que puede el alma,
Tras el poema de luz de una sonrisa,
Ocultar los abismos de la muerte.

1893. ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

RIMA.

Sonriente en tu gloria mística;
blanca é inocente como lirio virginal;
olorosa como una santa á incienso triunfal bajo la nave de un templo; . . . así vas, ¡oh Cármen! (¡ángel, musa, flor, ensueño, amor!), por este valle de lágrimas y miserias, sintiendo á tu lado el rumor mezquino de la vida.

¿Ves como caen los hombres, de rodillas ante tí, para adorarte y murmurar, como un salmo, como un versículo religioso, palabras de amor?

Cármen! ¡ángel, musa, ensueño, flor! Vuelve á ellos esos tus ojos llenos de promesas y que tus labios, "hechos más para la oración que para el beso", les brinden sonrisas consoladoras.

A. A. AMBROGI.

Marzo, 94.

NOCTURNAL.

—Niña mía, mi musa!—La noche llegó ya! ¿Veis el espacio que invaden escuadrones de sombras? ¿Veis los postreros fulgores del sol que dora la cima de la montaña?

—Niña mía, mi musa: la noche llegó ya. Ven al salón. Cierra los cristales y deja que fuera murmure el aire entre los follajes; deja que fuera, acurrucadas en sus sedientos nidos, tiriten de frío las aves!—Corre la cortinilla que cubre el cristal. Ven!....

* * *

La noche es protectora de los amantes! Bajo su cortinaje negro, entre su loco derroche de sombras, el beso es más dulce, la caricia más provocadora!

Salve ¡oh noche! ¡Salve, musa, olímpica, inspiradora de estrofas bizarras!

Nylia?

—Ven!....

Sobre el velador de laca, en cristalina copa, ríe el chartreuse con su loca risa áurea. El chartreuse reina en el alma de los poetas. El ritmo saturado de su vaho ardoroso, lleva mayor encanto.

Ven!—Entre sorbo y sorbo, mientras tu cabeza blonda de diosa florentina se recuesta sobre mi hombro, brotarán los besos y hablarán los ojos soñolientos.

* * *

Becquer amó la noche; la noche sevillana, cuando una luna de

plata bañaba las ruinas de la "ciudad muerta."

Bambille cantó las noches serenas. Cantó las flores de luz que alfombran el cielo negro.

Heine, parisiense del Rhin, tiene halos de sombras en sus rimas venenosas.

Ven, Nylia mía!—Yo soy poeta, tu eres amada! Ven! Cantemos la noche, gocemos de su tranquilidad. En pleno salón, do hay mármol puro y púrpura real, soltará el loco Amor sus alas diamantinas y volará gozoso entre la luz del gas.

ARTURO A. AMBROGI.

A Carlota de Kelly.

Es tu libro preciosa antología
De perfumadas flores,
Relicario de luz y de armonía
En donde amor y sueños y poesía
Te dejaron gentiles trovadores.

Qué puedo yo llevar á tus altares?
Cuando lúgubre zumba
En mi pecho la voz de los pesares,
Y una anciana dormida en una tumba
Es la musa que inspira mis cantares.

En noche horrenda y al dolor sujeta
Hoy el ánimo avanza,
Y avanza muda, solitaria, inquieta,
Que al morir en su seno la esperanza
Murió con ella el canto del poeta.

Ya mi estrella cadente palidece
En la tarde sombría,
Mi frente marchitada desfallece
Y no llega la débil fantasía
A donde el mirto del amor florece.

Tú eres el lirio azul que en pleno estío
De la aurora recibe,
Aureos reflejos, gotas de rocío
Y á las orillas de argentado río
Embellaciendo y perfumando vive.

Tu acento dulce cual la miel hiblea
La muerta fe restaura,
Y en tu frente palpita y centellea
Con el amor salvaje de Medea,
El sentimiento espiritual de Laura.

A tí de buena y próspera fortuna
Te aduerme la sonrisa,
Como se aduerme el cisne en la laguna
Bebiendo los perfumes de la brisa
Al tenue rayo de la blanca luna.

Tu eres palmera de gentil belleza
Yo, ciprés que se inclina,
Eres gracia y talento y gentileza;
¡Sombra soy yo del año que termina
Y tú eres luz del que mañana empieza!

J. J. PALMA.

31 de diciembre de 1888.

EN SECRETO.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

— ¡Cómo olvidar el día en que le conocí, si fue aquel en que con más crueldad me dieron cilicio el hastío y la miseria! Recuerdo: era una mañana, á esa hora en que el *chic* acude á pavonearse por Plateros y San Francisco, paso á paso; como con pereza, haciendo estancias en los aparadores, para luego apartar la vista con tedio. El cordón negro de transeuntes ondeado renovado é interminable en las aceras; los ca-

rruajes caminaban pausadamente de uno y otro lado del arroyo y al salir á la Plaza de la Constitución y á la Alameda rompían filas unos y describían una ligera curva otros, para volver á formar del costado opuesto; en las cantinas se veían corrillos de elegantes y salía el retintín de las copas; en tanto el tráfago decrecía en las tiendas. La puerta de la Librería Budin estaba obstruída por un grupo, que contemplábammos algunos estudiantes lacrados, envidiando á quienes lo formaban, midiéndoles nuestras simpatías y pensando con desaliento en el porvenir.

—Ese es Gutiérrez Nájera—me hizo notar un condiscípulo, indicándome á uno del grupo que no distinguía yo.

—¿Quién— le pregunté con curiosidad de mujer, abriendo tamaños ojos.

—El más joven.

—¿El que tiene la flor en el ojal?

Si, ese: que fuma gordo y largo puro, que está abrochado correctamente, que le salen mucho los puños de las mangas de la levita, que se le quiere saltar de la cabeza el sombrero y que empuña del medio el bastón y se lo pega á la espina.

Bastaba verle una vez, para no perderle de vista: la nariz es una recta que arranca del entrecejo y se prolonga y aparta del bigote, y lu frente con una portuberancia por donde pasa la línea del ángulo facial, un arco supremo que se piede en el occiput.

Recordábammos que un domingo en la mañana había circulado

un aviso que noticiaba que él, Justo Sierra, y no sé quienes otros publicarían la Biblioteca Honrada. *Cuentos Frágiles* sería lo primero, alguna novela de Farina después y así, algo original y nacional y algo nuevo y extranjero traducido expresamente. Trajimos á colación sus crónicas en *El Nacional* y ahora las columnas metidas de letra de chaquira que de diario escribía en *La Libertad*. Era mucho escribir. Entonces era el cronista de los teatros y de los salones, de aquellos en que crujen el raso, las piedras preciosas descomponen la luz y á los que entraba el sexo fuerte con mano enguantada y el *claqué* bajo del brazo. A sus crónicas les daba todos los colores imaginables (había hasta color de Theo), les intercalaba remembranzas de poetas y las pringaba de vocablos franceses é ingleses. Era hombre *sport*; mostraba frecuentar el *Jockey Club* ó ser un admirador *pur sang*. ¡Ah, cuánto ha cambiado de entonces acá! Ha venido la madurez con la experiencia, un tanto el aislamiento con el estado en que vive y un dejo de indiferencia con los sinsabores.

Me figuro ayer el día en que le conocí, que nada más una noche con un sueño profundo me lo vela. Al tornar á la realidad, miro aquel semblante que lo empieza á ajar y á tomar el tiempo, que quiere apagar aquellos ojos, que hace que aparezcan las canas. Cuando palpo esto en quien personifica la juventud en literatura, la angustia me hinca los dientes y me abate.

Tiene treinta y cinco años. Na-

ció en México el 22 de diciembre de 1859. Don Manuel Nájera, su padre, fue su maestro, su profesor, su mentor; el que le enseñó las primeras letras, y en seguida le soltó de las manos para que anduviese sólo. No estuvo en ninguna escuela primaria, no pisó la Preparatoria, ni escuela profesional alguna. Don Próspero María Alarcón, el actual Arzobispo, cuando no pasaba de canónigo, le daba lecciones de latín desde que volvía de Coro hasta la seis de la tarde, con la afabilidad y el cariño del que es pastor por vocación.

—Pero, le salí muy mal discípulo—dice él.

Hizo cuanto pudo don José Joaquín Terrazas por hacerle entrar las matemáticas, ¡todo fue en vano! Por sí, al azar, se informó de la lógica, de la historia, del francés, de la literatura y de otras materias que, si las trata, muestra tenerlas sabidas.

Un día le metieron á la tienda ropa de Mr. Candese, en la 1ª calle de la Monterilla, para probar si le gustaba el comercio. Todo el santo desaparecía del mostrador, y se le hallaba en la bodega, entre casullas y misales, muy quitado de la pena, leyendo la Historia de Francia, por Anquetil. No tenía la menor afición por el comercio, pues á la casa paterna.

En 1875 empezó á escribir en *La Iberia*. En cubierta cerrada y bajo pseudónimo enviaba artículos literarios. Uno de los primeros versaba sobre el autor del soneto

“No me mueve mi Dios para quererte”

Si pertenecía á Santa Teresa

ó á San Francisco Javier. Hubo vez que se atrevió á mandar una serenata morisca. Pero un día le salió la criada respondona: criticó á Rodolfo Talavera, se le presentaron los padrinos al Director del periódico á exigirle reparación, lo supo el incógnito y se quitó el pseudónimo para salir al frente.

—¿Por qué no mandabas tus artículos?—preguntó don Anselmo de la Portilla á don Manuel Nájera, con quien trababa entrañable amistad.

—¡Si no soy yo!—contestó don Manuel, que ignoraba el proceder de su hijo

Y respondió una voz de joven, que escuchaba:

—Pues, si son míos.

Padre y amigo voltearon la vista y miraron al joven, no queriéndole dar fe. Trabajo le costó el convencerlos.

—De veras soy yo—afirmaba.

Hasta que enseñó su letra, ya no hubo duda.

Al día siguiente el señor de la Portilla publicó una gacetilla, escrita de su puño y letra, en que encomiaba al autor y le auguraba brillante carrera en las letras.

En *El Porvenir*, de D. José María Vigil, se publicaban unas críticas literarias firmadas por *Mingo Rebul*. Era él también.

No se disipaba el humo de la batalla de Tecocac y defendía á don Sebastián Lerdo de Tejada en *El Federalismo*. Un día escribía editorial, otro Diario Balandrano y otro José Negrete, y, cuando nó, solía publicar versos.

Monsieur Can-Can se llamaba en sus crónicas en *El Republicano*.

En estos tres periódicos escribía *gratis et amore*.

Algo le entró en los bosillos cuando era *Pompoue*, en *El Cronista*, y colaraba en *La Colonia Española*, *La Voz de España* y *El Noticioso*.

Se cuenta entre los fundadores de *El Nacional*. Ahí en verdad se dio á conocer. Pasaba por dado á la elegancia. No había ópera á que no concurriera, ni mañana que no hiciera su buen rato de guardia en Plateros.

Ahora está en el pináculo.

“Un hombre, dice Spencer, que tenga en igual grado el poder de expresarse y el de sentir, pondrá, en su manera de presentar sus ideas, toda la variedad que el arte reclama.” Gutiérrez Nájera se encuentra cerca de esto. Por escrito muchas veces no tiene de su parte la razón; pero quiera uno que no se la da siempre, porque es agradable. Toca los asuntos, cualesquiera que sean como el cisne al agua: en su plumaje imitan perlas las gotas. De aquí la fascinación. Un secreto: en lo que escribe aplica inconscientemente la ley de la economía de la atención; por eso cuando se le lee, queda uno pensando en él y se le admira, y si uno es su lector asiduo, se acaba por quererle, como á director espiritual.

He pretendido saber sus gustos, sus aficiones, sus predilecciones y no me las ha determinado.

—¿A que autor prefiere usted?

—No puedo preferir á ninguno. Tendré grandes grupos de autores favoritos, pero no uno.

Y sin embargo, no hay día que no lea un capítulo de Víctor Hu-

go, porque es sugestivo, y algunas páginas de Fray Luis de Granada. Musset le es simpático, Leopardi le hace pensar, y á Goethe lo siente frío.

—¿de filósofos?

—Pues sobre eso soy medio esceptico: encuentro muchas verdades aisladas en cada uno.

Y dice que Spencer es el método y que lee mucho á Taine.

—¿Quién le cautiva más?

—Ninguno.

—Y ¿de las escuelas literarias?

—Lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo. Todas las escuelas tienen que sujetarse á una ley estética para realizar la belleza, y hay la belleza de lo feo. Me gusta leer más á los que creen que á los que no creen. El misticismo es fuente de poesía, y eso no impide que sea soberanamente hermoso el pesimismo de Leopardi.

—Tachan á usted de afrancesado.

—Puede ser que tengan razón, porque leo mucho más francés que español; pero ya es tiempo de que el español lea otros idiomas, que se baya cruzando.

—Le comparan á Rubén Darío.

—Ya quisiera yo tener la brillantez de estilo que él tiene.

—¿Qué opina usted de los jóvenes literatos?

—Veo á bastantes que tienen muy bellas cualidades, pero en general, si se trata de poesía, noto que los muchachos la dejan pronto. Los *Poemas Aztecas* de Genin son una tentativa feliz.

—¿Cuándo publica usted sus poesías?

—Me da asco verlas; tienen

muchos disparates; sin embargo, será lo primero que haga.

Quien se juzga así, escribe éstas que solas harían poeta al que las firmase:

*Desde el polen que palpita
En las hojas del botón
Hasta la estela infinita
De mundos su formación
Todo es una aspiración
De la materia á formar;
De las formas, á sentir;
De lo que siente, á pensar
De lo que piensa á morir.*

M. Gutiérrez Nájera.

Abrió un cajón de su mesa y me enseñó un montón de cartas, revolviéndolas. Son de Jorge Isaac, Pompilio Llona, Rafael Obligado, Julian del Casal, Rubén Darío y otros. Menéndez Pelayo lo elogia en unas cartas dirigidas á don Casimiro del Collado; en uno de sus prólogos Núñez de Arce hace honrosas referencias de él y pregunta Pereda por qué no termina *La Mancha de Lady Macbeth*.

Medita unos fragmentos sobre el influjo de la literatura francesa en América y un libro sobre una trilogía: Juárez, Lerdo y el General Díaz.

Es un madrugador de primera fuerza: se levanta con el día.

La vida sedentaria le ha quitado el buen apetito. Lee en la cama para conciliar el sueño.

Pero, ¡ay, está tan fatigado! Y no poder soltar la pluma de las manos! Si es por la que vive.

ANGEL POLA.

DELIRIO!!

Creí un cielo de brillantes ilusiones
 Forjado por el genio del amor,
 Al verte te adoré por mi desgracia
 Con indecible ardor!
 Mas pronto horrible desengaño frío.
 Rasgó sin compasión aquel cendal,
 Y vi desaparecer en el espacio
 Mi más hermoso ideal!
 Rompió mi corazón fibra por fibra,
 Y en esa lucha vacilé mi fé.
 Sumida en dolor negro y profundo,
 Delirante quedé!
 Sentí de entonces, colosal anhelo,
 Como se siente la primera vez.
 Que sueña el alma en la fugaz quimera
 Que no vuelve después!
 Creí su vida como limpio espejo
 Donde el cielo podía reflejar,
 Después ví sombras pavorosas
 De acerbo pesar!
 Quedando sólo de la triste historia
 Las dulces remembranzas del ayer,
 De ese ayer de ilusión y venturanza,
 De dicha y placer!
 ¡Pobre de tí, á quien amé soñando,
 Juzgando que sentías el amor.
 Que en mi pecho prendía ardiente hoguera,
 Calmando mi dolor!
 Adiós, adiós aparición sublime,
 Que me hizo ir de una quimera en pos,
 Cuando en mi alma te formé santuario
 Adiós, delirio, adiós!
 Aunque tu amor, que embelleció mi vida
 En este mundo no me es dado ver.
 Porque murió la flor de la esperanza
 Que perfumó mi sér!
 Aquí te guardaré dentro del pecho,
 Donde mi corazón palpita ya
 Con ritmo, gemebundo, agonizante
 Que apagándose vá!
 Y, si no me fascina aquel ensueño,
 Que en otro tiempo arrebató mi paz.
 Guardaré la memoria del delirio,
 Que ya pasó fugaz!
 Contaré las horas de la noche,
 Recordando la ventura que pasó
 Como ángel bello que en sus alas blancas,
 Mi quietud se llevó!
 Bendeciré mi negro desencanto

Que dejóme el aroma de una flor,
 Flor primorosa que me dió sonriendo
 El hada del amor!
 Cual se desgajan las hermosas flores,
 Que marchita el airado vendabal,
 Así se desgarró la nivea veste
 De aquel sublime ideal!
 ¡Adiós por siempre, hermoso paraíso,
 Que alumbró con sus luces mi ilusión
 Arrullando con dulce melodía
 Mi pobre corazón!
 Si ya no debo contemplar tu ciclo
 Bordado con celajes de rubí,
 Ni los verjeles de fragantes flores
 Que entusiasmada ví!
 Sola en el mundo, viveré cual paria!
 Como arcángel proscrito del Edén,
 Que descende hasta el páramo infecundo
 Donde escasea el bien!
 Porque la tierra, en su constante crimen
 Tan sólo ofrece crímen . . . corrupción
 Cáliz de llanto de dolor inmenso
 Y acerba decepción!
 ¿Que lleva el hombre en su vacío pecho,
 Que á la débil mujer pueda brindar,
 Nada . . . porque la dicha que le ofrece
 Se convierte en pesar!
 Él, sólo busca fugitivos goces,
 El fuego dó se enciende la pasión
 Y no el amor purísimo del alma
 Que eleva el corazón!
 ¡Pobre mujer, que el hombre no comprende
 Que hiere tu existencia sin piedad:
 Deja del mundo la nefasta feria
 Do impera la maldad!
 Llevas el alma entre crespón envuelta,
 Y entre las sombras densas del pesar:
 Deja la tierra querubín del cielo
 Y no vuelvas á amar!
 ¡Deja que el mundo en su Babel maldito
 Corrompa á la inexperta juventud,
 Y con mil idiomas tienda lazos
 Que turban la quietud!
 ¡Deja al anciano que corrompa al niño,
 Deja que el niño pierda el porvenir,
 Deja á la joven que en vedado fuego
 Sólo quiere vivir!
 Deja que el hombre en fementida lucha
 Manche la blanca aureola del honor,
 Deja que viole el conyugal cariño
 Mintiendo siempre amor!
 Deja que impura sus encantos venda
 Al hombre vil, la pobre meretriz.

Deja que pronto llorará el tesoro
 Que perdió infeliz !
 Deja al esposo que burlando vive
 A su virtuosa y púdica mujer,
 A quien brinda el acerbo desencanto,
 Robándole el placer.
 Deja que pase la fatal Pentápolis,
 Calma un instante su constante afán.
 Eleva al cielo tus cansados ojos
 Do tus lamentos van.
 Deja por Dios la Babilonia impía,
 Fija los ojos en el cielo azul
 Bordado de luceros y celajes
 Y de flotante tul.
 Allá se encuentra la ferviente llama
 Del verdadero y del sublime amor ;
 Aquí sólo hay abrojos y zarzales,
 Desencanto y dolor!
 Salém se llama la mansión etérea
 Donde tiene su trono la virtud,
 Donde pulsa el querube su arpa de oro
 Y el justo su laúd !
 Dejemos, pobre corazón, la tierra
 Porque en ella no puedes existir;
 Hay en ella congojas infinitas
 Que te hacen sucumbir !
 ¿ Acaso el mundo recompensa al bueno
 Que aborrece el infecto lodazal.
 Donde pierde la virgen su corona
 Y su níveo cendal.?
 Cambia tu lloro en cadencioso acento,
 Deja las sombras, por inmensa luz,
 Descorre el velo que el azul espacio
 Cubre con su capuz !

.....
 Horrible y triste decepción no vuelvas
 A salpicar con lianto mi quietud.
 Ansío sólo la calma bienhechora
 Que brinda el ataúd !!

PILAR L. DE CASTELLANOS.

Guatemala, diciembre de 1893.

LOS TOROS EN MADRID.

Suena el clarín: cuatro guardias del circo, á caballo, con sombrero y plumas á lo Enrique IV, capa negra, jubón, botas y espa-

da, salen por la puerta de debajo del palco real y con paso lento dan la vuelta á la pista. La gente despeja, cada uno va á su puesto y la arena queda limpia y sin estorbos. Los cuatro caballeros se colocan dos á dos ante la puerta, cerrada todavía, que se halla frente al palco del Rey. Diez mil espectadores tienen allí puestos sus ojos y el silencio es general: de allí ha de salir la *cuadrilla*, todos los toreros de gran gala, que han de presentarse al Rey y al Pueblo. Suena la música, se abre la puerta, resuena una nutrida salva de aplausos y avanza la cuadrilla. Van á la cabeza de esta las tres *espadas*, Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, los tres famosos, vestidos con el traje de Fígaro del *Barbero de Sevilla*, de seda, de terciopelo amarillo, encarnado, azul, cubierto de alamares, franjas, galones de oro, y plata que casi cubren todo el vestido y envueltos en anchas capas amarillas ó encarnadas; medias blancas, faja de seda, una trenza en la nuca y un sombrero de pelo.

Vienen después los *banderilleros* y los *capeadores*, formando un grupo, y cubiertos también de oro y plata; detrás los *picadores* á caballo, dos á dos, con la larga pica en la mano, con sombrero gris, bajo y de anchísimas alas, una recamada chaqueta y pantalones de amarilla piel de búfalo, forrados por dentro con planchas de hierro; inmediatamente después los *chulos*, ó servidores, vestidos con sus ropas de gala. Todos atraviesan la arena majestuosamente, dirigiéndose hacia el palco del Rey. No puede imaginarse nada más

pintoresco que aquel espectáculo. Hay allí todos los colores de un jardín, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de una banda de máscaras y toda la majestad de un ejército de guerreros. Entornando los ojos sólo se ve una nube de oro y plata.

Todos son hombres bellísimos; los *picadores*, altos y fornidos como atletas; los otros ligeros, esbeltos, de formas intachables, tez morena y ojos grandes y fieros; figuras de gladiadores antiguos, vestidos con el lujo de Príncipes Asiáticos.

Toda la cuadrilla se detiene delante el palco del Rey, y saluda; el Alcalde hace señal de que pueden empezar; desde el palco tira á la arena la llave del *toril*, donde los toros se hallan encerrados; un guardia del Circo la recoge y la entrega al guardián que se coloca junto á la puerta, dispuesto á abrirla.

El grupo de toreros se deshace; los *espadas* saltan la barrera; los capeadores se distribuyen por la arena agitando sus capas amarillas y encarnadas; los *picadores*, unos se retiran esperando que les toque el turno, mientras que los otros, espoleando los caballos, se colocan á la izquierda del *toril*, á la distancia de unos veinte pasos los unos de los otros, dando la espalda á la barrera y lanza en ristre. Aquellos momentos son de agitación, de ansiedad indescriptible: todas las miradas se fijan en la puerta de la cual ha de salir el toro; todos los corazones palpitan; reina en la plaza un silencio profundo; sólo se oye el mugido del toro, que avanza de

encierro en encierro, en la oscuridad de su vasta cárcel, gritando así: “¡Sangre!” “¡sangre!” Tiemblan los caballos; palidecen los *picadores*; transcurre un instante, suena el clarín, se abre la puerta: un toro enorme se lanza á la pista y un grito formidable, salido á la vez de diez mil pechos, le saluda. Empieza la carnicería.

¡Ah! no es necesario ser de pastaflores; en aquel momento se queda uno blanco como un cadáver.

Sólo recuerdo confusamente lo que sucedió en los primeros momentos, porque á decir verdad, yo no sabía dónde tenía la cabeza. El toro se abalanzó contra el primer picador, retrocedió después, volvió á hacer presa y arremetió contra el segundo; si hubo lucha no recuerdo; á los pocos instantes el toro se lanzó contra el tercero; después corrió. Yo también miré y me cubrí la cara con las manos. Toda la parte de la arena que el toro había recorrido se hallaba cubierta de sangre; el primer caballo yacía en tierra, abierto el vientre y las entrañas fuera; el segundo con el pecho abierto por ancha herida de la cual manaba un chorro de sangre, iba tambaleándose de un lado para otro; el tercero, tendido en el suelo, hacía inauditos esfuerzos para levantarse; los *chulos*, presurosos, levantaban del suelo á los picadores, quitaban la silla y las bridas del caballo muerto, procuraban poner de pié al herido, y una gritería infernal salía de todos los ámbitos de la plaza. Así empieza por lo común el espectáculo.

Los picadores son los primeros que reciben el choque del toro; lo esperan á pié firme y le clavan la lanza entre cabeza y cuello en el momento en que la fiera se baja para arremeter y clavar los cuernos al caballo. Es necesario advertir que la lanza sólo lleva una pequeña punta que no puede abrir una profunda herida, y los picadores deben tener una mirada segurísima, un brazo de hierro ó un corazón sereno; y no siempre aciertan; es más, lo frecuente no aciertan, y entonces el toro clava sus cuernos en el vientre del caballo, y el picador da con su cuerpo en tierra. Pero corren los *capeadores*, y mientras el toro saca los pitones de las entrañas de sus víctimas, agitan la capa ante sus ojos, le distraen y hacen que los persiga, dejando seguro al caído para que los chulos le socorran, poniéndole en la silla, si el caballo puede tenerse en pié todavía, ó llevándole á la enfermería, si es que se ha roto la cabeza.

El toro, parado en mitad de la pista con sus cuernos ensangrentados, mira jadeante á su alrededor, como diciendo: "¿quedan más víctimas todavía?"

Un enjambre de *capeadores* corre á su encuentro y lo rodea; lo provocan, lo enfadan, lo hacen correr de un lado á otro, sacuden la capa ante sus ojos, se la pasan por sobre la cabeza, huyen en rápida carrera para volver á provocarlo, huyendo de nuevo en seguida, y el toro persigue á uno y á otro hasta llegar á la barrera, y allí da cornadas furiosas contra las tablas; escarba el suelo, da u-

nos cuantos saltos, muge, vuelve de paso á clavar los cuernos en el vientre de los caballos muertos, se esfuerza en saltar la barrera y recorre la arena en todas direcciones. Durante este tiempo han entrado otros picadores para reemplazar á los que se han quedado sin caballo, colocándose á distancia unos de otros, á ambos lados de la meseta del toril, esperando que el toro les embista. Los *capeadores* le llaman hacia ese lado: el toro, al ver el primer caballo, corre hacia él con la cabeza baja. Pero esta vez su ataque no tiene éxito; la lanza del picador le hiere en la espalda y le detiene; el toro se obstina, empuja, pero en vano: el picador se mantiene firme, el toro retrocede, el caballo se ha salvado, y resuena una tempestad de aplausos, saludando al salvador. El otro picador no fué tan afortunado: el toro le atacó, sin que tuviera tiempo de clavar la lanza; los formidables cuernos penetran en el vientre del caballo con la rapidez de una espada, se ensaña con la víctima y al poco rato se retira; los intestinos del pobre animal salieron y quedaron pendientes como un saco hasta tocar al suelo; el picador queda montado. En lugar de desmontarse, el *picador*, viendo que la herida no era mortal, espoleó el caballo y fué á colocarse más lejos, esperando un segundo ataque. El caballo atravesó la pista con los intestinos colgando, pisándolos al andar y estorbando con ellos su propia marcha. El toro le siguió algunos instantes y después se detuvo. En aquel momento sonó el clarín:

era la señal de retirarse los picadores. Abrióse una puerta y desaparecieron al galope uno tras otro; quedaron en la arena dos caballos muertos y aquí y allá charcos de sangre que los chulos cubrían de arena.

Después de los picadores vienen los *banderilleros*. Para los profanos ésta es la parte más divertida del espectáculo, porque es la menos cruel. Las *banderillas* son dos flechas de cerca de dos cuartas de largo, adornadas con papel de color y armadas de un punto de metal fabricada de tal modo, que una vez ha penetrado en el cuerpo es imposible arrancarla; el toro, al agitarse y sacudirla, hace que penetre más y más.

El *banderillero* coge dos flechas de esas, una en cada mano, se coloca á unos quince pasos delante del toro y lo provoca, levantando las manos y gritando. El toro se lanza contra él; el *banderillero* á su vez corre al encuentro de la fiera; ésta baja la cabeza para clavarle los cuernos en el vientre, y el torero aprovecha este movimiento para plantarle las *banderillas* en el cuello, una á cada lado, y se pone en salvo saltando apresuradamente de lado. Si se detiene, si le falta el pié, si duda un sólo instante, queda ensartado como un sapo. El toro muge, resuella, se enfurece y persigue á los *banderilleros* con espantosa furia; en un instante todos han saltado la barrera, la arena queda vacía. La bestia salvaje, con la boca llena de espuma, los ojos inyectados en sangre, destrozado el cuello, escarba la tierra con furor, se tira contra la

barrera, pide venganza, quiere matar, necesita carne. Nadie se atreve á desafiarla; los espectadores gritan:

— ¡Adelante! ¡Valor! ¡Otro *banderillero*!

Y este se adelanta y clava sus flechas; después un tercero, y de nuevo el primero. Aquel día le clavaron ocho. La infortunada bestia, cuando sintió la dolorosa impresión de las dos últimas, dió un mugido prolongado, espantoso, terrible, y lanzándose á la persecución de uno de sus enemigos, le acosó hasta la barrera, la saltó y cayó con él en el corredor antes citado. Los diez mil espectadores se levantaron á la vez, exclamando: “¡está herido!” Pero el *banderillero* había salido de la suerte sin un rasguño. El toro corrió adelante y atrás entre las dos barreras, recibiendo una lluvia de palos y puñetazos, hasta que dió con una puerta abierta; salió á la arena y la puerta se cerró trás él.

Entonces *banderilleros* y *capeadores* volvieron á rodéarle; uno de ellos, pasando por detrás, tiróle con violencia de la cola y desapareció como el rayo; otro, corriendo, le enreda la capa en los cuernos; un tercero es tan audaz que le coge con la mano la ensangrentada divisa; un cuarto, el más temerario de todos, planta una lanza en el suelo en la misma línea que ha de seguir el toro, corre y da un salto por encima de la fiera, cae al otro lado y tira la lanza entre las piernas del animal estupefacto. Y hacen todo esto con una rapidez de predestigador y una gracia de danzante,

como si jugaran con una oveja. Durante este tiempo la muchedumbre hace retemblar el circo con carcajadas, aplausos y gritos de alegría, admiración y terror.

El clarín suena de nuevo: los *banderilleros* han terminado su suerte. Tócale el turno al *espada*. Este es el momento solemne, el desenlace del drama. El público se calla, las damas sacan la cabeza del palco y el Rey se levanta.

El célebre Frascuelo, teniendo en la mano la espada y la *muleta*, que es un pedazo de trapo colorado sostenido por un pequeño palo, pisa la arena, se adelanta hasta el palco real, se quita la montera, y ofrece al Rey, en frases poéticas, el toro que va á matar; tira luego su montera, al aire, como diciendo: "¡Venceré ó moriré en la lucha!". Y con su brillante cortejo de capeadores, avanza resueltamente hacia el toro. Entonces es cuando empieza una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, digna de un canto de Homero. De un lado la bestia con sus terribles cuernos, su fuerza prodigiosa su sed de sangre, fuera de sí por el dolor, ciega de cólera, horrible, espantosa; de otro un joven de veinte años, vestido como un bailarín, á pié firme, sin otra defensa más que una ligera espada. ¡Más de diez mil miradas están fijas en él! El Rey le prepara un regalo. ¡Su querida está allí, en un palco, y lo mira ansiosa! ¡Mil damas tiemblan por su vida!

El toro se para y le mira: él á su vez mira al toro y agita ante

sus ojos el trapo colorado. El toro baja la cabeza para arrremete, el *espada* se ladea, los formidables cuernos rozan su chaqueta, levanta la muleta y el bicho hiere en el vacío. Una tempestad de aplausos resuena en tendidos, gradas y palcos. Las damas miran con sus gemelos y exclaman: "¡Ni siquiera está pálido!!".

Se restablece el silencio: no se oye ni una palabra, ni un murmullo. El audaz torero juega con su muleta ante el furioso animal; se la pasa por sobre la cabeza, al rededor del cuello, por entre los cuernos; hace que el toro adelante, retroceda, salte; se hace embestir diez veces y otras tantas escapa de la muerte por un ligero movimiento; deja caer la muleta y la recoge á la vista del animal; se ríe en sus propias barbas, le insulta, le provoca, juega con él. Más de repente se para, se pone en guardia, levanta la espada y calcula un golpe: el toro le mira: permanecen quietos un instante y se lanzan uno contra otro al mismo tiempo. Uno de los dos ha de morir. Diez mil miradas corren con la rapidez del rayo de la punta de la espada á la puntas de los cuernos; diez mil corazones se agitan con ansiedad y terror; los rostros todos están inmóviles; no se oye ni respirar; la inmensa muchedumbre parece petrificada. . . . ¡Este es el instante terrible! El toro arremete y el torero hiere. Un sólo grito agudo, seguido de inmensos aplausos, se oye de todas partes; la espada ha penetrado hasta la empuñadura en el cuello del toro; la

fiera tambalea, y hechando por la boca un río de sangre, cae de repente al suelo.

El tumulto entonces es indescriptible: la multitud parece frenética. Todos se levantan, gesticulan y dan voces furiosas; las damas agitan sus pañuelos, aplauden y saludan al torero con el abanico; suena la música; el *espada* vencedor se acerca á la barrera y da la vuelta á la plaza. Á su paso, de las gradas, palcos y tendidos, los espectadores, locos de entusiasmo, le tiran á puñados los cigarros y arrojan á la arena carteras, bastones, sombreros, todo cuanto les viene á mano. Pocos instantes después, el afortunado torero tiene el brazo lleno de regalos y pide auxilio á los capeadores. Devuelve los sombreros á los admiradores, da las gracias, responde como puede á los saludos, á los elogios, á los nombres gloriosos que le tributan de todas partes y llega por fin ante el palco del Rey. Este saca del bolsillo una petaca llena de billetes de Banco y se la tira; el torero la coge en el aire y el público prorrumpe en entusiastas aplausos.

Durante este tiempo la música ejecuta la marcha fúnebre del toro; se abre una puerta y salen por ella al galope cuatro soberbias mulas con hermosos penachos, borlas y cintas amarillas y encarnadas, guiadas por unos cuatro *chulos*. Son las mulas de arrastre que llevan uno á uno los caballos muertos y, por último, el toro, para dejarlo en una pequeña plaza vecina, donde le espera una horda de pilletes que mojan los dedos

en su sangre, siendo después desollado, despedazado, y vendido!

EDMUNDO D' AMICIS.

ELLA.

A mi hermano F. A. Gamboa.

Gloria es su nombre: hermosa, encantadora,
Llega hasta lo ideal por ser divina;
Su mirar es un astro que fascina,
Su sonrisa es un cielo que enamora.

Pasa, y siento en mi sér algo de aurora,
Destellos de una lumbre diamantina;
La sigo, y su belleza peregrina
Se burla del amor que me devora.

Esquiva ante mi súplica ferviente,
Huye y desaparece entre esplendores,
Envuelta en su ropaje refulgente.

He olvidado por ella otros amores,
Y ella no ha de tener para mi frente
Guirnaldas hechas de fragantes flores.

ISAÍAS GAMBOA.

1894.

AGUA FUERTE.

A Arturo A. Ambrogi.

Noche otoñal.

En los arrabales de la ciudad opulenta, en el cuarto único de una choza aislada, á la cabecera de una cama baja de lona—donde duerme, aletargado por la fiebre, un niño de tres años—está sentada una mujer joven, delgada, frágil, toda pálida y triste como una visión de ultra-tumba.

En torno de la madre que ve la y del hijo dormido, la miseria bate sus alas trágicas. Encima

de una mesa de madera carcomida, al pié de un crucifijo amarillento, en un vaso de estaño repleto de aceite, brilla una luz débil, vacilante, que rasga trabajosamente las sombras que flotan en la estancia. En los sitios lejanos los objetos se borran en una negrura densa; en la penumbra se esfuman vagamente y adquieren formas y tamaños; cerca de la luz todo tiene el tono triste y sollozante de la pobreza absoluta.

La mujer cose, cose afanosamente una tela blanca de lino, que se amontona en su regazo. Su cabello negro, espeso, recogido en desorden sobre la cabeza, sombrea y acentúa la matidez cerácea de su rostro.

La noche va transcurriendo lenta, lentamente. El niño duerme el sueño inquieto de la fiebre; la madre cose, cose, cose. A menudo se interrumpe, lanza una mirada rápida, angustiada, ora al hijo, ora al cristo amarillento, y vuelve de nuevo á su tarea, muda, nerviosa, siempre pálida y triste como una visión de ultra-tumba.

Y la lámpara de aceite sigue alumbrando aquel cuadro con luz débil, vacilante, que rasga trabajosamente las sombras que flotan en la estancia, mientras afuera la brisa fría de otoño zumba en las rendijas de la choza, con zumbidos tenues, melancólicos, como suspiros comprimidos, como si el Angel Tristeza sollozara á la puerta de aquella vivienda miserable y doliente.

DARÍO HERRERA.

Panamá, Febrero de 1894.

EN HONOR DE ZORRILLA.

Mago de la poesía,
rey del ritmo, rey del verso;
á cada aurora que nace
más se engrandece tu genio.

Por los tallos de las flores
va resbalando tu cuerpo
hecho matiz y hecho caliz,
perfume y pétalos hecho,
y aun los giros de tu forma
van por sus cambios primeros
cuando ya alcanzas la vida
de lo inmortal y lo eterno.

Gentil cantor de una raza
fuiste, divino maestro,
y te cayó la armonía
como un torrente del cielo.

Dios puso el arpa brillante
entre tus mágicos dedos
y fue una cuerda española
cada fibra de tus nervios.

Tu opulenta fantasía
rasgó las sombras del tiempo
y llamaste á los sepuleros
con los golpes de tu estro.
Saltaron, rotas, las tumbas,
subyugadas por tu acento,
y avivándose la historia
en sus nichos polvorientos,
salieron á tu conjuro,
pajes, damas, caballeros,
reyes, caudillos, vasallos,
monjas, títulos, plebeyos,
fiestas, desfiles, costumbres,
banderas, galas, arreos,
capas, penachos, cimera,
espadas, plumas y petos.

Tus briosos personajes
son los símbolos de un pueblo
que haces sentir bajo el brillo
de sus ropajes soberbios.

Tus serenatas moriscas,
 tus kásidas y tus cuentos,
 en tropeles de hemistiquios,
 de raras cesuras llenos,
 fluyen en corriente viva
 del manantial de tu gemio,
 y por riberas de flores
 van corriendo, van corriendo.

En lo esplendente y lo vario
 es una flora tu léxico,
 todo en sus hojas rocío,
 todo colores risueños.

Hay susurro en tus estrofas
 de zumbadores insectos,
 lejos á miel y á tomillo,
 á mastranzo y á romero.

Nadie como tú el idioma
 filigranó de arabescos
 y lo sembró de esplendores,
 de músicas y secretos.

En lo tierno, tierno fuiste;
 en lo regio, fuiste regio;
 en el amor, fuiste arrullo,
 y en lo grande, fuiste trueno;
 que cra un tallado diamante
 tu prodigioso cerebro,
 y en cada faceta ardía
 una chispa de tu genio.

A veces flota en tus cantos
 el ambiente de los templos,
 con sus largas oraciones,
 su reposo y sus misterios.

Profesas y Superiores
 hablan con *gangoso* acento,
 mientras que cuelga la escala
 desde el balcón hasta el huerto.

¿Quién venció tu fantasía?
 ¿quién la trama de tus cuentos?
 ¿quién tu laúd de cien cuerdas
 pudo imitar en sus versos?

De tu regia monarquía
 rompiste, al morir, el cetro,
 y á la poesía española
 enterraron con tu cuerpo.

Al saltar, rota, tu lira,
 no pudo decir tu pueblo:
 “¡Ha muerto el rey!” “¡Viva el rey!”
 sino sólo: “¡¡el rey ha muerto!!”

SALVADOR RUEDA.

PANOPLIAS.

—
 BECQUER.

II.

Las corrientes literarias de principios de este siglo y más que otra cosa el temperamento del distinguido literato, hicieron que sus producciones, tan sentimentales y tan llenas de cierta atrayente nostalgia, sirvieran para dar á conocer un procedimiento, que si no era nuevo en la historia de la literatura española, había sido olvidado y se presentaba ejerciendo la influencia de lo rejuvenecido, que para muchos es más valiosa y más importante que la de lo nuevo, pues lo primero ha sido depurado por el tiempo y por el estudio. Sin asentir á esta opinión, parece que algunas doctrinas que en cierto momento histórico son vistas con menosprecio, á medida que se popularizan y que principian á llevarse á la práctica atraen un sin número de adeptos, que de indiferentes ó adversarios son despues asiduos propagandistas.

Toda escuela literaria responde á una necesidad social y es producida por las ideas que se han difundido con anterioridad, pues es tal el encadenamiento que

se observa en los períodos de desenvolvimiento intelectual, que las conquistas últimas, vienen de los principios anteriormente sustentados.

Al terminar el siglo pasado domina á los espíritus una ansia indefinible, se siente una especie de enfermedad moral en las obras que se producen; y la fatiga de vivir, el escepticismo con su cortejo de penalidades son las notas dominantes en la mayor parte de las obras, que en el momento en que estamos forman la delicia de la generalidad. Ya no es aquella deleitosa poesía en que el ánimo se presenta tranquilo y reposado, el lenguaje es natural y sencillo, libre de los refinamientos que ahora tanto privan y exento de esas frases rebuscadas y de esos conceptos en que se nota más el esmero en producir efecto, que el deseo de alcanzar la belleza por los hermosos caminos de la verdad.

La docta prosa de Saavedra Fajardo, el criterio elevado de Antonio de Guevara, la arrobadora dulzura del Maestro de Ávila habían pasado quizá para no volver, y los ideales políticos y las luchas religiosas produjeron necesariamente un tedio mortal; y de ahí que sean tan frecuentes en las producciones de la época los amores quiméricos, los sueños delirantes, las tendencias sentimentales que han dado en denominar el mal del siglo, y que fue encarnado y puesto en su debido lugar por la fuerza creadora de Goethe. Tiene algo de seductor ese procedimiento, son muy simpáticas esas tristezas soñadoras y esas ine-

fables vaguedades interesan la inteligencia y el corazón; pero no siempre manifiestan la verdad de lo que se ha querido expresar. El melancólico sentimiento y la idea profunda pocas veces se armonizan como lo hacen Bürger y Uhland, pues no siempre la agradable sencillez cabe donosamente en el aparato de la leyenda, pues, ó domina la primera como en Tennyson ó se cae en los extremos de la ridiculez, queriendo dar vida á vulgares consejas ó á tradiciones que carecen de interés y de novedad.

Las emociones que directamente vienen de lo exterior y la expresión de lo que pasa en nosotros mismos, pueden tener cabida en las tendencias artísticas y todos los estados del ánimo anteriormente dichos, adquieren belleza al ser expresados por el poeta y son causa de entusiastas adhesiones. La poesía lírica tiene admirable libertad para los asuntos y usa de muchísimos medios para alcanzar su objeto. No tiene la estrechez del horizonte, ni la tiranía de las reglas que sólo traen el encadenamiento de las superiores actividades del espíritu.

El poeta sevillano es el admirable lírico, posee el tesoro de una rica imaginación, su escepticismo tiene algo convencional, cierto tinte de atracción desconocido; pero que por un inexplicable fenómeno nos seduce y no deja en el ánimo la pesadez y el hastío de esas obras en que el propósito dominante es hacer que reine la duda ó que, como Heron, sea atacado el lector por el demonio de la tristeza.

La poesía becqueriana es difícil de ser imitada, hay en ella tantas de individualista, fueron tantas las especiales circunstancias que rodearon al jefe, que los imitadores desesperan de igualar el modelo que han escogido.

VÍCTOR M. JEREZ.

LAS PLEGARIAS.

Al dar la una y media comenzaron á despedirse los contertulios: á las dos sólo quedaban en el magnífico salón los dueños de la casa, marido y mujer, ambos jóvenes, hermosos y al parecer felices: él se puso á leer un periódico de la noche y ella se entretenió escribiendo con un lápiz de oro al dorso de una tarjeta las visitas y compras que pensaba hacer al día siguiente.

Después hablaron un rato de cosas de poca monta, y, por fin, ella, poniéndose, de pronto en pié, le dijo mirándole amorosamente:

—Me voy á recoger el pelo. ¿Tardarás?

A lo cual él repuso:

—Acuéstate. En seguida voy.

Luego de retirarse la dama, el hombre pasó del salón á su despacho, que era la habitación contigua, y oprimiendo un resorte oculto entre los cortinajes, dió luz á las lámparas eléctricas.

Los muros estaban cubiertos de verdaderos tapices góticos, los estantes llenos de buenos libros, veíase en un testero un magnífico retrato de familia, á cuyos lados brillaban dos panoplias de armas

antiguas, en otro lienzo de pared destacaba sobre el fondo multicolor y borroso del tapiz un santo pintado por Zurbarán. Cuanto allí había era prueba de buen gusto, ilustración y riqueza bien empleada. El lujo de relumbrón, las antiguallas falsificadas y los caprichos absurdos impuestos por la moda, no debían de tener entrada en aquella casa.

Sentóse el caballero ante la mesa, sacó de un cajón una cartera, y tras consultar rápidamente varios papeles, apuntó, poco más ó menos de este modo, lo que se proponía hacer al otro día:

“Carta al administrador de Terrones para que perdone la mensualidad á los colonos perjudicados por la nube del mes pasado, y les dé lo necesario para la siembra.—Al mayordomo de Valhondo que libre de quintas al hijo del guarda.

—Decir al ministros que no voto á favor de la desviación del canal, porque no conviene á los intereses de aquellos pueblos.

—Mandar, según costumbre, lo que haga falta en el *Monte* para desempeñar las herramientas de trabajo y máquinas de cocer cuyas papeletas venzan este mes”.

Todo lo cual indicaba que aquel rico merecía serlo.

Después guardó la cartera, cerró el cajón, y recostándose en el sillón, permaneció largo rato ensimismado ó como abstraído por sus pensamientos.

Poco á poco fue dibujándose en su rostro un gesto de inexpressible amargura, luego dobló la cabeza sobre el pecho, y en seguida, enderezando á Dios el pensamien-

to, dijo mentalmente, de este modo, no con palabras aprendidas de memoria, sino con aquellas espontáneas y sinceras razones que, inspiradas en verdadera piedad, no pueden menos de llegar á donde van dirigidas:

—¡Un día más..... y un día menos! No he hecho mal á nadie, y he procurado algún bien. Permíteme, señor que pueda decir lo mismo mañana. No faltándome tu favor, estoy seguro de mi voluntad..... Me has hecho rico, es decir, depositario de lo que destinas á los pobres, y al remediar los males del prójimo imagino cumplir tus mandatos. No me desprendo de nada mío, sino que doy á cada cual lo que quieres que sea suyo; si más me dieras, más distribuiría; y si de todo me privases, mi único dolor sería ver desdichas sin poder remediarlas..... Por tí he comprendido que la verdadera sabiduría estriba en mermar odios y sofocar rencores; procuro ser justo; pero no me has hecho feliz. Tu sabes lo que falta á mi dicha. Te pido un hijo. Quiero tenerlo para que aprenda á ensalzarte como te gusta ser ensalsado, que es sometiendo la maldad á la justicia, acercando la compasión al dolor; y quiero también ser padre, porque no es bueno que se seque el árbol sin dar retoño. Mi esposa me ama tanto como yo á ella, pero nuestro lecho es estéril. ¡Señor! Dáme un hijo para que te ame con dos vidas y te sirva con dos voluntades.

De pronto sonó á lo lejos una voz femenina que llamaba cariñosamente; el caballero apagó la luz,

y á oscuras, andando á tientas, que es como el hombre camina hacia la felicidad, salió en busca de su mujer.

* * *

Varía la decoración y son otras las personas.

En su miserable sotabanco habita un matrimonio pobre. El marido fue empleado y quedó cesante, sin auxilio ni valimento de nadie; la mujer, que era menestrarla, enfermó durante el primer embarazo y fue despedida del taller; rápidamente pasaron de la escasez á la pobreza y de la pobreza á la miseria; pero como eran jóvenes y se querían mucho, nada contuvo su pasión. En seis años de matrimonio tuvieron otros tantos hijos.

La noche era horrible: los vidrios rajados ó mal juntos dejaban paso al frío por roturas y resquicios: no había rescoldo en el fogón, ni cisco en el brasero, ni provisiones en la alacena, ni casi ropas en las camas, porque el carbonero ya no fiaba, ni el tendero se compadecía, ni el prestamista devolvía las mantas sin que le pagasen lo estipulado; y los pequeños lloraban y los mayorcitos pedían pan, mientras los padres se miraban silenciosos y desesperadamente, ya pronto el hombre á toda maldad y dispuesta la mujer á todo sacrificio.

Mas tarde, cuando el marido se fue á acostar, renegando de Dios y maldiciendo de los hombres, ella dio un beso á cada niño, y en seguida, postrándose de rodillas, ante una grosera estampa

de Cristo pegada en la pared, comenzó á orar entre dientes.

Rezó primero el Padre Nuestro, luego el Credo, después muchas Salves y Ave Marías, cuanto aprendió de niña sin saber lo que significaba, y por último, buscando en las reconditeces de su alma acentos propios, inspirados en la magnitud de su desventura, dijo alzando los ojos y clavándolos en la estampa: "¡Señor! ¡Piedad, misericordia! ¡Que no se mueran estos niños! ¡Pan, nada más que pan!"—Y dejando caer la cabeza sobre el asiento de una silla que tenía delante, permaneció en oración largo rato, hasta que el marido la llamó desde el jergón que les servía de cama, diciendo:

—Ven, hija, ven y trae cualquier cosa para arroparnos, que aquí no se puede parar de frío.

* * *

En los altos cielos, espacios eternamente misteriosos y negados por siempre al pensamiento humano, allí donde sólo llegan los desvaríos de la imaginación y los arrobos de la fe, resonaban dos voces de acento sobrenatural y prodigioso. La una era majestuosa, imponente y dulce sobre toda ponderación; la otra era voz humana, dignificada y ennoblecida por la santidad.

—¡Pedro!—dijo la primera.

—Señor—repuso con humildad la segunda.

—¿Hay algo?

—Lo de siempre. Peticiones de la ambición, exigencias de la codicia, vanidades del amor propio, arrogancias de la soberbia,

desafueros de la maldad, sollozos de dolor y gemidos de hambre.

—A esos hay que atender primero.

—Señor, es que son muchos los que piden y pocos los que agradecen.

—No importa. Coge á manos llenas los bienes y déjalos caer sobre los limpios de corazón.

.....
Pasado algún tiempo, el matrimonio rico heredó una considerable fortuna que acreció la suya. Fue aquello como golpe de agua que, dejando acaso estéril la llanura, engrosa el caudal de otra corriente: y en el hogar del matrimonio pobre nació el séptimo hijo.

Los afortunados no agradecieron lo que les sobraba, los infelices casi maldijeron lo que no habían pedido.

Entonces resonaron de nuevo en las alturas las voces misteriosas:

—¡Pedro!

—¡Señor!

—Mis órdenes se cumplen mal! —dijo la voz de imponente é inefable dulzura—á pesar de mis bondades suben de la Tierra lamentos de dolor que mueven á piedad.

—Los del planetilla revoltoso no hacen más que pedir. Nadie quiere penar; todos creen merecer. Ninguno acepta su misión fatal é ineludible, ni se resigna á cumplirla. Imaginan que la vida debe ser la felicidad, cuando es sólo ocasión de merecerla.

—Es que yo no soy el destino ciego, sino la Providencia bondadosa ¡Felices! ¿Por qué no han

de serlo? En verdad te digo que el hombre no comprenderá nunca la majestad del dolor.

De hoy más, á quien pida con fe para obrar con caridad désele todo. Hay que reorganizar este negociado.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

A Delia.

(EN SUS DIAS.)

Quiera Dios que venturosa
Vivas, Delia, muchos años,
Sin que tengas desengaños
Que amarguen tu juventud;

Quiera Dios que tu alma pura
Nunca en el bien desfallezca,
Ni que jamás se oscurezca
La aurora de tu virtud.

Sé siempre caritativa
Como tierna y bondadosa,
Nunca seas orgullosa,
Ni coqueta, ni vulgar.

No desprecies á ninguno
Porque viva en la pobreza,
Que algún día la riqueza
Como el humo ha de acabar.

Practica de los ancianos
Los bondadosos consejos;
La experiencia de los viejos
Te hará el mundo conocer.

Sé muy buena con tu madre
Que con delirio te adora,
Recuerda que esa señora
Su sangre te dió á beber.

No te burles del mendigo

Porque es su destino adverso,
Que el Autor del Universo
Como un mendigo nació.

Evita las ocasiones
En que mal puedan juzgarte,
Procura siempre alejarte
De do peligre tu honor.

No calumnies, Delia hermosa,
Ni rías de almas heridas;
Que "con la vara que midas
También medida serás".

No te juntes con personas
Que murmuren de cualquiera;
Es de la única manera
Que disgustos ahorrarás.

Sea siempre la pureza
Tu máspreciado tesoro,
Porque vale más que el oro
Que en el mundo puede haber.

No te fies ni un instante
De aduladores serviles
Porque son culebras viles
Que envenenan al morder.

Perdona, Delia adorada,
Si como nubes sombrías
Empañan tus alegrías
Los consejos que te doy;
Pues bien sabes que te quiero
Con delirio sin segundo
Y que de todo este mundo
Tu mejor amigo soy.

Acéptalos, pues, en prueba
De cariño verdadero,
Como un recuerdo sincero
De quien siempre te ha de amar,
Y mientras tanto que gozas
De la dicha con la idea,
Felicidad te desea

José María Gomar.

San Salvador, noviembre de 1892.

RECOMPENSA DEL MAESTRO.

Á MI ESTIMADO AMIGO, EL DISTINGUIDO
PEDAGOGO DON TIMOTEO LIÉVANO.

En la jerarquía administrativa existe un empleado subalterno cuyas funciones son en apariencia humildísimas, pero que en realidad desempeña una misión muy elevada, muy noble, muy augusta; supuesto que ejerce una influencia directa, poderosa y decisiva en la prosperidad de los individuos, y consiguientemente, en la del Estado: el maestro de escuela, sacerdote de la conciencia, abnegado sér que es el que con más justos títulos debe siempre llevar sobre su frente la corona de la más gloriosa fama. Ciencia, moral, filosofía, arte, misterios, esperanzas... ese sublime personaje histórico y social todo lo llena!

Desde Confucio hasta Jesucristo, desde Jesucristo hasta Descartes, desde Descartes hasta Juan Locke y desde Juan Locke hasta nuestros días, el maestro ha sido el incansable misionero que ha llevado por donde quiera el estandarte de las sacrosantas máximas de la sana moral y la fecundante luz de los grandes principios de la ciencia; y la ciencia es Dios mismo, que descendiendo por el precioso peldaño del estudio, viene á ocupar el centro de nuestro cerebro.

El educacionista que sabe cumplir con su deber, sacando las palabras del aliento de su pecho y agitándolas con su lengua, forma un armonioso acento en los oídos

de sus discípulos; y así como de las entrañas de la madre los hijos, y de la elocuencia del orador el entusiasmo patriótico, del pecho de un maestro diligente y moralizado nacen excelentes hombres de estado, verdaderos patriotas, buenos esposos, magníficos padres de familia y la civilidad, por lo tanto, se propaga por todos los círculos sociales.

La ignorancia es el enemigo irreconciliable del más bello y divino de nuestros derechos: *la libertad*. La ignorancia es la muralla, que cual roca de granito, hace tenaz resistencia á los embates de la civilización. La ignorancia es la peor de las enfermedades del alma humana; es la simiente fecunda de todos los graves males, de todos los repugnantes vicios que nos agobian; es la funesta noche en cuyos tendales de negrura queda prendido el porvenir de las sociedades, cuando en el seno de éstas ha logrado sentar sus reales la más crasa imbecilidad. Y vencer á ese cruel enemigo, derribar ese antemural horripilante, curar radicalmente esa vergonzosa enfermedad, destruir por completo esa maldita simiente y despedazar los oscuros tendales de esa noche de pavor: hé aquí la escabrosa y ardua tarea del maestro de escuela. De suerte, pues, que este modestísimo empleado es un verdadero esclavo del progreso civilizador, cuya mirada fija se dilata en el azul horizonte de las más doradas esperanzas!

El maestro de escuela no esculpe en el frío mármol como Fidias; no pinta en blanco y delica-

do lienzo como Rafael; no construye ingeniosos edificios como Calícrates; no trabaja en lo inanimado, en lo que el tiempo destruye temprano ó tarde: su obra consiste en amoldar un corazón animado por la excelsa mano de Dios, y en ilustrar una inteligencia que jamás perecerá. La melodía de su argentina palabra es más grande y deliciosa que la de las ricas y tersas poesías de Píndaro, y que la de las composiciones musicales de Mozart. Su abnegación superior á la de Aníbal, á la de Escipión Emiliano, á la de cualquier héroe—guerrero; porque el maestro de escuela en vez de herir alivia, en vez de desolar siembra, en vez de matar crea, forma, produce. Su gloria es más santa, es más límpida, es más esplendorosa que la de los más afamados conquistadores; porque eleva, dignifica, ennoblece el corazón y el alma. Yo admiro y aplaudo á Atenas como maestra de Roma; pero no admiro y aplaudo á Roma como conquistadora de Atenas!

El empleado de que me ocupé, como se ve, el preclaro apóstol que realiza la magna obra de la regeneración social, preparando y asegurando el positivo y legítimo bienestar de las futuras generaciones en el inmenso derrrotero de los pueblos; y casi siempre á costa de innúmeras angustias, casi siempre con prolongados insomnios, casi siempre privándose de todos los placeres, de todos los encantos, de todos los atractivos de la vida por muy inocentes que sean; pero también casi siempre recibiendo en com-

pensación de sus asiduos afanes: el desprecio, la calumnia y las injurias de sus mismos discípulos, de los padres de familia y de la sociedad en general.

Si registramos las vidas de los más notables educacionistas, encontramos que cada uno de ellos es un dechado de magnanimidad y filantropía.

Andrés Bell, digno ministro del Crucificado y estrella destellante que con muchísima justicia orla el pabellón divino de la enseñanza, marchaba con la mayor buena voluntad á lejanos países á repartir gratuitamente sus conocimientos y sus virtudes á todos los que, sedientos de saber, lo sollicitaban con tanto interés y empeño; y de esta suerte hizo á muchos infelices importantes por su saber é ilustración. Siempre tuvo por base de sus actos la verdad, y por único norte la beneficencia. Fue, pues, todo un decidido protector de los desvalidos.

El benemérito educacionista suizo Enrique Pestalozzi, hizo notar desde sus primeros años la bondad de su corazón y su intenso amor hacia los infortunados, y sobre todo, hacia los niños á quienes la suerte había privado de las ternezas de la madre. Estudió primero el Evangelio, y después Jurisprudencia; y siendo ya Abogado se consagró por vocación á la enseñanza, fundando á la edad como de 53 años su primera escuela en su pequeña posesión de Neuhof en Argovia, y en la cual solo recibía á los niños pobres y á los delincuentes jóvenes de Berna, para instruirlos, para contrariar sus propensiones vicio-

sas, para infundirles sentimientos de benevolencia y respeto á sus semejantes; pero al cabo de cinco años y luego que hubo gastado en su establecimiento hasta el último centavo de su modesta fortuna, se vió en el caso de cerrarlo para vivir aislado y en la pobreza, sin dejar por esto de continuar haciendo estudios acerca de las reformas que en su concepto necesitaba la enseñanza moderna, sobre lo cual escribió y publicó varias obras de importancia.

Pasada la guerra que el Directorio Francés hizo á la Suiza, anduvo Pestalozzi en medio de los humeantes escombros, del espanto y del vapor de tanta sangre derramada, recogiendo á los niños abandonados y enfermos que vagaban por aquellas tristes regiones, á quienes reunió en Stanz, única aldea que no había sido quemada, con el objeto de socorrerlos y educarlos; y en 1805 fundó su famoso instituto de Iverdon, célebre en todo el mundo por el considerable número de maestros que salieron de él á difundir por todas partes sus sabias ideas y útiles lecciones.

No hay duda: el ilustre autor de "Leonardo y Gertrudis", de "El Canto del Cisne" y de "Mi Destino"; aquel hombre tan parecido á Jesús; aquel hombre de tan prodigioso intelecto; aquel hombre cuya sabiduría era tan tranquila, cuya pureza inconmensurable y cuya dulzura quizá más que la de la música de los ángeles, había bebido amor en los inagotables raudales de la voluntad de Dios!.....

A la temprana edad de veinte años, el simpático pedagogo José Lancáster, después de haber visitado las Indias Occidentales á donde había venido á enseñar á leer la Biblia á los desdichados negros, abrió su primera escuela en un cuarto de la casa de su padre en 1798; mas habiéndose llenado pronto de todos los niños pobres del vecindario, tuvo que cambiar de local. Lancáster hizo construir un edificio especial que fuera capaz de contener mil alumnos, en cuyo frente se leía este sublime rasgo de la más pura filantropía: *Todos los que quieran podrán enviar aquí á sus hijos y hacerlos educar gratis, y los que no gusten la educación gratuita podrán pagar, si á bien lo tienen.* Y así como el alba es la precursora de las frescas y despejadas mañanas, así Lancáster es el precursor del actual sistema de educación en Inglaterra, que como á todos consta, es una de las naciones más sobresalientes del mundo civilizado.

Hombre de alma privilegiada, providencial, su vida fue un sacrificio nunca interrumpido en aras de la felicidad de los desamparados. Su familia fue siempre la humanidad, su patria el mundo y su morada cada casa en donde había algún niño en la ignorancia y la indigencia. De genio inimitable, tenía por la filantropía un entusiasmo desmedido, sin igual. Por eso vivió siempre olvidado, y quizá como todos los hombres de su clase, ha de haber tenido el fin de sus días en la mayor penuria; pero también por eso es ahora inmortal en el re-

cuerto de la posteridad!

Esos santos varones que amargan su existencia por aliviar y proteger á las masas menesterosas; esos faros de perenne luz que iluminan los pasos de la humanidad en el mar del egoísmo; esos obreros del saber, que con sus saludables enseñanzas, alientan en los jóvenes la fe del porvenir, y que se desviven por los niños en cuya casta inocencia encuentran toda su satisfacción; esos hombres, como todos los hombres extraordinarios, sufren también extraordinarios reveces de fortuna. Sócrates, virtuosísimo maestro, eminente filósofo y verdadero redentor de la Grecia, fue condenado á beber la cicuta por acusación de uno de sus discípulos, y después de haber hablado algunas horas sobre la virtud y la ciencia, espiró á la edad de 70 años. Aristóteles, el discípulo más distinguido de Platón, el célebre fundador de la escuela peripatética, el preceptor de Alejandro Magno, quien solía decir: que á su padre le debía el vivir, y á su maestro el vivir bien, tuvo el tremendo desagrado de morir fugitivo de su patria, porque por sospechoso de impiedad fue perseguido en sus últimos años. Jesucristo, en fin, el maestro entre los maestros, el hombre de tamaño abnegación que personifica la verdadera caridad perfectamente, el glorioso redentor del género humano espiró en el Gólgota coronado de espinas; pero la corona que hoy decora su frente, es mil veces más deslumbradora que el eterno Sultán del firmamento!

Siempre, y en casi todos los países del globo, se ha tenido la perniciosa preocupación de que al maestro de escuela sus funciones le hacen desmerecer socialmente, y entre nosotros, hasta la época se le ve como un empleado de muy baja, de muy insignificante escala. . . . ¡Qué soberana injusticia! Ah fatalidad! ¡Lo que es la miseria humana! Los amantes sinceros de la civilización se congratulan por los gigantescos esfuerzos que hacen los buenos educacionistas para atender á la imperiosa necesidad de formar honrados é instruidos ciudadanos; y cuando afortunadamente aparece un hombre que reúne la habilidad y vocación indispensables para ejercer cual se debe la ímproba carrera del magisterio, le protegen á fin de que no abandone la profesión y abraza otra que le sea más lucrativa,

Infiltrar hasta en el ánimo más rudo y rebelde el conocimiento de lo verdadero, de lo bello, de lo noble, de lo útil, de lo bueno; combatir con perseverante actividad, los errores, los vicios, y modificar de una manera favorable las malas inclinaciones y todo lo defectuoso, sin constituirse en verdugo de sus discípulos; formar, en una palabra, bajo el influjo del amor y de la ciencia ciudadanos que sepan ejercer sus derechos civiles y políticos y contribuyan al sostén de las instituciones, es una tarea de acendrado patriotismo: es una empresa mucho más que titánica. El maestro es, pues, el alma de la escuela, la escuela el alma de la civilización y la civilización el alma de las naciones.

Luego debe procurarse, que ante todas cosas, el maestro de escuela goce del prestigio del saber y ocupe el rango social que le pertenece.

El día en que el magisterio sea elevado á la categoría de las profesiones más honorables, y se estimule al maestro con premios dignos de su redentora misión; el día en que los padres de familia comprendan bien, que una instrucción sólida y una buena educación son las mejores riquezas que el hombre debe adquirir acá en la tierra, y constituyen la herencia más exquisita que puede dejarse á los hijos; el día en que el maestro de escuela sea, como tan justamente lo merece, el principal objeto del cariño y de la estimación de los demás, tendrá un profundo sentimiento de la importancia moral de sus trabajos. Y entonces reinará por todas partes la libertad, que redime y vigoriza; la igualdad bien entendida, que destruye todo género de distinciones y privilegios; la fraternidad, que hace fuertes, que ensancha y da lustre á las naciones. Y entonces reinará por todas partes el amor al trabajo honrado y la práctica de la caridad, que alienta, que consuela; la fidelidad en el cumplimiento del deber y el respeto á nuestros padres, á nuestros superiores; la fe, que es la inexpugnable salvaguardia en medio de las atribulaciones, y la justicia, que regula nuestras acciones y tranquiliza la conciencia. Y entonces, en fin, reinará por todas partes la verdadera virtud, que tanto nos ennoblece, que tanto nos santifica, y que

es la gratísima fruición del espíritu humano.

DANIEL ESTUPINIÁN.

PARUJETA.

Cuando esperece la tarde sus colores,
Que van á reflejarse en lontananza,
En cánticos de amor y de esperanza
Perfuman mis recuerdos como flores.

Eseucho las cadencias de la brisa
En el seno virginal de la camelia,
Como una queja de la dulce Ofelia
Cual un triste sollozo de Eloisa.

Desdeño la visión halagadora,
Que me brinda con mágico embeleso
El satánico fuego de su beso
En tropel de cadencia arrulladora.

Agitado mi espíritu desmaya
Y se eleva feliz y se emociona,
Con la blanca espuma que corona
Las ondas que se rompen en la playa.

Y en silencio contemplo que se asoma
Tu porte de atractivos virginales,
Cuando llegan las noches tropicales
Con la pálida nube del aroma.

Siento como himno que á la estancia lloga,
Y entre alas de pintadas mariposas
Aquellas vagas notas misteriosas
Del dulce Anfitrión en la montaña griega.

I. F.

ENSUEÑOS DE LA JUVENTUD.

Á LA SEÑORITA LEONOR MARÍN.

Las diversas etapas de la vida tienen sus rasgos peculiares, el colorido, el timbre propio de los

años; tienen su fisonomía especial é invariable, su expresión, su carácter, en fin, todo aquello que contribuye á delinear los períodos fisiológicos de las edades; y en esos efímeros ciclos de la existencia las evoluciones de la materia marchan en íntimo consorcio con las metamorfosis psicológicas de la personalidad humana.

Las transformaciones psíquicas de las edades son características: la niñez, la adolescencia, la juventud y la edad senil poseen su sello propio. La forma es un atributo indispensable de lo creado, material ó incorpóreo: la masa de lo inanimado, la idea de los partidos, la doctrina de las religiones, el pensamiento del escritor y la fantasía del poeta se modelan y se manifiestan ante la percepción del hombre bajo una forma determinada; forma cuya imagen se retrata en la oculta retina de la sensibilidad, ya al través de la mirada vulgar de los sentidos, ó ya al través de las lentes intelectuales del espíritu. Y como en la escala ordenada de la creación la forma es trasmutable y sujeta á los cambios de los tiempos, la morfología de los seres sufre las variaciones que las leyes naturales prescriben. Desde la sociedad humana hasta el aislado insecto cambian en los distintos períodos de su desarrollo. El niño de la sociedad es á la crisálida del lepidóptero como el joven á la bella mariposa merodeadora de los jardines, que batiendo el aire con sus finísimas alas va libando de planta en planta el azúcar de las flores.

*
**

Dichosa juventud! Edad de los ensueños en que la mente henchida de ilusiones vive de la savia imponderable de un mundo inmaterial, y en la que el espíritu se rodea de una naturalaza espléndida donde todo posee el artístico revestimiento de la belleza y el magnífico fulgor de la divinidad. Epoca en que se vive soñando en lo maravilloso, en lo extraordinario, tal vez en las quimeras, pero siempre en lo que está muy por encima de lo trivial y lo prosaico, porque juventud significa poesía; no la poesía vulgar y pesimista de los decepcionados, sino la poesía elevada que con alas de condor hiende los dilatados espacios de la fantasía en busca de la sublimidad.

Qué dulce y deliciosa se presenta la vida cuando se admira levantado sobre el horizonte de los sueños juveniles el hermoso celaje de un arco-iris, que cual emblema bíblico de la ventura presagia una eterna felicidad!

Cuando aún no ha filtrado en nuestro pecho la ponzoña de los sinsabores y no hemos tendido la mano para palpar la triste realidad de las cosas mundanales; cuando en las pupilas del alma no han penetrado las pálidas imágenes de la razón fría; cuando el corazón está virgen de las tempestades del destino, entonces la imaginación es un cielo donde brillan cual luceros millares de esperanzas, el pensamiento es un sol que reverbera y la sensibilidad una fuente de dulzura. Poseídos de la embriaguez deliciosa de la juventud, nos deleita el idealismo de Platón, nos atrae el

paraíso de Dante y embelesa el idilio de Pablo y Virginia.

* * *

Dulces, muy dulces son las horas que veloces pasan en la corriente del tiempo juvenil. Corren los días en medio del rebosamiento de indecible placer, y cada hora trascurrida deja en el alma la profunda huella de las gratas emociones. Cada minuto que pasa es un estímulo de vida y una fuente de satisfacción. Por eso amamos con delirio la diurna aparición del sol, la viva luz del mediodía, el crepúsculo de la tarde y las sombras de la noche. Por eso también nos extasían los celajes de la nueva aurora, las brisas matutinas y la tierna claridad del alba: la hora de los recuerdos, el momento preciso en que al disiparse los últimos sopores del sueño, se piensa en las impresiones del día anterior, en los ensueños que al calor suave de la almohada han agitado nuestro cerebro durante la noche, y, en los mil y mil proyectos que nos sugiere la esperanza de algún amor preconcebido: el preciado instante en que el despertamiento da la imaginación sale al encuentro de la imagen que fascina nuestra mente,—de la virgen adorada—cuyo culto llena por completo el inmenso santuario de nuestro pecho y nos enciende la fe ciega en el corazón; en fin, el divino momento en que á veces volvemos á cerrar los ojos para mirar con más intensidad los ideales de nuestro sér. ¡Cómo se agolpan en tan breves segundos los recuerdos y las ilusio-

nes, la dicha y el amor!

* * *

El poderío de la juventud lo avasalla todo y atrae con fuerza irresistible cuanto de grande y de maravilloso existe en la materia; sojuzga al espíritu y da forma á los ideales, revistiéndolo todo con el exquisitismo encantador de la belleza.

¿Qué sería la vida sin el período juvenil de los ensueños? Sería la sombra de una noche eterna y tenebrosa, sería el sórdido tormento de la raza humana, un lóbrego destino, una monotonía sin tregua, un espectro de la tumba, sería una vida abortada y convertida en cadáver al nacer.

La naturaleza, la madre de lo bello por excelencia, no pudo nunca haber llevado en su claustro infinito el germen de la muerte, ni producir nada que no fuese digno de su arte. De la paleta del pintor y de la fantasía del poeta ha brotado y brotará siempre la imagen del artista. Por eso en el itinerario de nuestra efímera existencia hay un corto pero precioso trecho sembrado de magníficas flores, que se llama juventud.

Juventud es vida, es belleza, es amor: en ella se realizan las *grandes locuras* de la humanidad y se despierta el sentimiento de lo bello. Lo sobrenatural entusiasmo y lo fantástico embelesa. El corazón estalla en delirio y en pasión. El alma hierve y se desborda en torrentes de amor, ahogando la tenue voz de la razón y exaltando el alto grito de lo visionario. Edad hermosa que sin-

tetiza en una nota las melodías de Oteló, las armonías de Fausto y las dulzuras del Trovador!

.....
 ¡Juvetud, juventud: virgen dormida que sueñas con los ángeles, con el paraíso y los idilios de amor!..... Qué lindo es soñar! Duerme ¡oh, niña, !; prosigue tus ensueños y no despiertes jamás, porque en este mundo impío "*despertar es morir!*"

San Vicente, febrero de 1894.

RAÚL.

EL MAR!

[PAGINAS DE UNA CARTERA].

Para "*La Juventud Salvadoreña*".

¡Oh mar! Yo te saludo!

Tus olas de plata me alegran pero tus ondas dormidas me dan miedo, porque me fascina la oscuridad de tu abismo!

Tienes la magestad y el color del infinito; das vida y das muerte; eres implacable como el destino y eres bueno, como todos los bienes supremos.

Tu abismo encierra los tesoros más grandes; das riquezas y quitas riquezas.

Los hombres encadenan tus olas y surcan tus ondas, y te ríes de su osadía, pero cuando te enfureces, ellos tiemblan, y se inclinan ante tu cólera.

Tus ondas blancas, son amarigas como la hiel; tienen la apariencia hermosa y el sabor horrible.

¡Cuántos recuerdos míos encierra la amargura de tus ondas!
 ¡Cuántas contemplaciones ha hecho mi espíritu admirándote! ¡Cómo he creído en Dios viéndote!!...

¡Cuántas veces sirves de obstáculo, de abismo insondable entre dos corazones que se aman!
 ¡Y cuántas otras, vuela en las crestas de tus olas, la barca que acerca dos almas que se adoran!

¡Cuántas maldiciones para tí!
 ¡Cuántas bendiciones para tí!
 ¡Oh mar, oh monstruo bienhechor, yo te saludo!!!.....

ALFREDO QUIÑONEZ.

ZOLA.

El naturalismo hecha raíces de bronce. Está haciendo una completa revolución literaria debido á la potente pluma de su principal corifeo, Emilio Zola. No puede ser menos, está al frente un Prometeo. El cerebro de este coloso francés es un foco de donde parten multitud de gigantescas creaciones. Leer sus obras es abrazar de lleno su escuela. Así campean los genios. Su pensamiento cada día vuela más alto. Tal ascensión no la estorba esa cáfila de hombres envidiosos. Pasa sobre ellos sin percibirse. Es que se siente gigante cuando lo denostan pigmeos. Hay tempestades tan formidables que lo que encuentran á su paso lo destruyen, sin que su fuerza disminuya. La pluma de Zola es de estas tempestades.

La crítica lo podrá conmovér,

la censura la ve con frialdad, indiferente; hace retorcerse á los que pretenden herirlo. Salvador Díaz Mirón exclama, quizá en circunstancias iguales:

“Los claros timbres de que estoy ufano han de salir de la calumnia ilesos. Hay plumages que cruzan el pantano y no se manchan, mi plumage es de esos”. Él desprecia á Zoilo, en cambio Aristarco merece su admiración. Éste ha muerto sin sucesores. Aquél tiene muchos.

Se le achaca de inmoral. ¡Vano recurso! Véase lo que él mismo dice hablando de Balzac, padre del naturalismo. “Hoy, como en otro tiempo, esa cuestión de la moralidad no es más que una arma de la medianía y de la tontería contra los escritores potentes”.

Las armas con que se atacaba á Balzac son las mismas con que se ataca á Zola. Se le censura que “descorra el velo y muestre la llaga” esto debe ser viceversa, debe elogiarse. Estas obras son el espejo en que la humanidad se mira á cada paso, se mira y se espanta, hé ahí un mal corregido. Esta escuela es morigeradora. Es de augurarle triunfos sobre triunfos. No se necesita ser profeta para decir esto. Basta abrir los ojos y ser justo.

Hagamos caso omiso de partidos y confesemos ingenuos, que el naturalismo avanza y las demás escuelas se hunden.

Sí, se hundirán mientras éstas no tengan como defensor un pontífice tan soberbio como aquél. Mientras tanto doblarán la cabeza para levantarla quizá ante sus

discípulos. Quédales la esperanza de una fatalidad: la muerte de este gran novelador, muerte terrible que hará derramar lágrimas al siglo. Estos hombres no debieran extinguirse. Si de entre sus discípulos no aparece ninguno que lo reemplace, su escuela desaparecerá con él, como el Romanticismo desapareció con Víctor Hugo.

Faltarán un Zola que reemplace á Balzac. Los idealistas deben conformarse con este recurso. Hoy la lucha es inútil. Ellos también tienen sus eminencias, es verdad; pero la figura culminante de la actual época literaria es Zola. El triunfo es del más fuerte. Contra este principio no se lucha.

Encuentro, leyendo un juicio crítico sobre Jorge Sand, por Zola, un lógico razonamiento defendiendo el Naturalismo y atacando al Idealismo. Es este: “Las escenas más atrevidas, las desnudeces más exactamente pintadas, el cadáver humano disecado y explicado, tiene una moral única y soberbia: la verdad. Véase por qué razón, á mi modo de ver, sí puede existir inmoralidad en las obras artísticas, debe llamarse inmorales á las historias imaginadas para perturbar los corazones, y morales á las anatomías realizadas sobre la humanidad con un fin de ciencia y de enseñanza”. Más allá continúa hablando con más solidez. “Las obras terribles que tienen la lealtad de hablar con franqueza, no agradan, antes, por el contrario, disgustan y espantan; no permiten el desenfreno solitario de los delirios, el

placer sensual que se realiza entregándose á los amores ideales. ¡Cuántas mujeres habrán engañado á su espeso con el héroe de la última novela que han leído! En aquella época las novelas eran citas amorosas, á las que era razonable no permitir que fuesen las almas débiles. Compréndese que los espíritus habituados á esas escuelas, madrigueras del sentimiento, se entristezcan de no encontrar ya libros para huir del hogar, y perderse en la ilusión de un "adulterio imaginario". Qué verdad tan concluyente. Se combate con la razón, Zola combate así. Tiene otra cualidad más; el mérito lo reconoce en donde quiera que esté, por más que quien lo tenga sea opositor á sus principios. Reconoce en Jorge Sand una gran figura del siglo, conceptuándolo como padre de todos los noveladores idealistas de hoy. Es que examina al escritor independiente de la escuela á que pertenece.

Sus juicios críticos, concienzudos, están llenos de imparcialidad; esta es otra condición que lo hace aparecer más luminoso.

La Musa Francesa, envuelta con el manto de gloria de este propagador robusto é incansable del Naturalismo, debe ceñirle una corona de laurel. Tal debe hacer la justicia en estos casos.

Pero, he de confesar, que no quiero, ni he pretendido dar, en el presente artículo, la supremacía á la escuela naturalista sobre la escuela idealista, quede esta lucha para los hombres preclaros, si reconozco en Zola un combatiente invencible que ha puesto

á grande altura la doctrina que abraza.

San Salvador.—1894.

ENRIQUE CAÑAS.

MARIA.

Hay sueños de jazmines en su aliento,
 tienen sus ojos fuerza abrasadora,
 grato como Rapsodia, así su acento
 y hay lindo gesto, en su reír de aurora.

Con cinta azul atado su cabello,
 con faja azul, ceñida su cintura....
 ¡No se puede soñar rostro más bello
 ni cuerpo más gentil dió la escultura!

Paganini nos viene á la memoria
 cuando al impulso de sus manos frías,
 el Rey de cuerdas, con olor de Gloria
 esparce en el salón sus melodías.

"Por Dios, por Dios!" Oíd ese torrente
 de notas melodiosas cuando canta,
 parecen tintes rojos en Oriente
 los rubís que derrocha su garganta.

Con luz que nos deslumbra y nos confunde,
 con palidez de génio, fascinante:
 ¡Cuánta será la dicha en que se inunde
 quien se aduerma en su seno palpitante.

RAMÓN D'ECHAURI.

Cartagena, 1894.

MENSAJE.

Figurando que voy á esa tierra
 De perfumes y luz y colores,
 Que le lleguen recuerdos sentidos
 En mis versos que van como flores.

Fritz.

MISCELÁNEA

Con atento "B. L. M. al señor don José María Gomar, editor de "La Juventud Salvadoreña", hemos recibido del Excmo. señor Marqués de Urquijo, Presidente de la "Cámara de Comercio, Industria de Navegación" de Madrid, la memoria presentada por la Junta Directiva á la Asamblea General de dicha asociación, el día 22 de febrero del corriente año.

Es el folleto en referencia un documento importantísimo, pues en él se ven claramente las útiles y constantes labores de una sociedad que tanto crédito ha llegado á alcanzar en España y en el extranjero.

Agradecemos muchísimo al señor Marqués de Urquijo su envío, felicitándolo al propio tiempo, lo mismo que á todos los dignos miembros de la "Cámara de Comercio", por sus trabajos progresistas y por sus nobles y levantadas miras.

"La Juventud Salvadoreña" se asocia á las manifestaciones de duelo de sus colegas, por el sensible fallecimiento del señor doctor don MARIANO ORELLANA. Académico de conocimientos sólidos y profundos,

Profesor distinguido y escritor correcto, eso ha perdido el país; y su digna familia ha visto desaparecer al que era cariñoso padre y solícito y amante esposo.

Enviamos nuestro más sentido pésame á sus deudos y amigos.

Hemos recibido las tarjetas en que la señora doña Luisa S. de Andrade y los señores don Juan y don José María Gomar, se sirven participarnos el próximo enlace de la señorita Elisa Andrade con el señor don Luis Gomar.

Agradecemos tan fina atención y son nuestros más ardientes votos que en el nuevo hogar reine una perpetua felicidad, como la ansían ambos contrayentes y á la que son acreedores por las bellas prendas que los adornan.

Correspondemos al saludo de nuestros apreciables colegas "La Escuela Normal" de Guatemala y el Liceo Fröebel de esta ciudad, deseando que ambos tengan larga vida, para que realicen los hermosos ideales, que constituyen sus nobles propósitos en favor de la enseñanza pública.